BOLSILIBROS

Selección

TERROR

LA CABEZA DEL DIABLO

CLARK CARRADOS

«Casi de repente, entrevió unas luces delante del automóvil.

Presintió que había llegado a su destino. Instantes después, el coche se detenía ante una portalada, alumbrada por dos grandes faroles, suspendidos de sendos brazos de hierro artísticamente forjado.

La lluvia seguía cayendo a raudales.

De repente, una serie de relámpagos iluminaron la noche con sus lívidos resplandores.

Los relámpagos disiparon la oscuridad. En unas brevísimas fracciones de segundo, Gratbans pudo divisar una forma monstruosa, de proporciones apocalípticas, una especie de gigante de increíbles dimensiones, suspendido sobre el castillo, oscuro, amenazador, como dispuesto a arrojarse en cualquier momento sobre la estructura de piedra, para devorarla en cuatro bocados con sus fauces de Gargantúa».



Clark Carrados

La cabeza del Diablo

Bolsilibros: Selección Terror - 155

ePub r1.0
xico_weno 03.09.16

Título original: *La cabeza del Diablo*
Clark Carrados, 1976
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

A través de los empañados cristales, el viajero apenas si podía leer las letras que componían el nombre de la estación de ferrocarril. Pero el revisor le sacó de sus dudas y dijo que, efectivamente, había llegado a su destino.

—Su equipaje está siendo descargado, *herr doktor* —añadió.

El viajero asintió y se dirigió por el pasillo a la salida del vagón.

Diluviaba.

Ya no existía para la visión el obstáculo de unos cristales empañados por el vaho y, sin embargo, la cortina de agua que caía de un cielo de horrible color plomizo, apenas si permitía ver a unos pasos de distancia. Por si fuera poco, anochecía con rapidez.

La locomotora silbó y el viajero puso el pie en el andén. En la desierta estación, ya se habían encendido las luces prescritas por el Reglamento de Ferrocarriles. El viajero sabía que se hallaba en una pequeña localidad, situada en una comarca secundaria. Tan secundaria, que aún se utilizaban anticuadas locomotoras de vapor para el arrastre de los convoyes ferroviarios.

A través de los vidrios de su despacho, el jefe de estación, cómodamente abrigado le contemplaba especulativamente. El viajero joven, bien parecido, se sintió un tanto disgustado por la contemplación de que era objeto.

«No soy un bicho raro», pensó.

Una voz que sonaba a sus espaldas, le sobresaltó bruscamente:

—¿Doctor Gratbans?

El viajero se volvió.

—Sí —contestó, mientras contemplaba al achaparrado individuo que tenía frente a sí, de frente estrecha y cejas espesísimas en un par de arcos superficiales, propios de un hombre de la Edad de Piedra. Las manos, enormes, velludas, remataban un par de brazos

de indudable robustez y muy largos. Pero contra lo que parecía adecuado, el hombre no sólo no estaba encorvado, sino que quería compensar su falta de estatura con el continuo erguimiento de su torso de Hércules.

—Soy Qualeck, señor —se presentó el hombre de la Edad de Piedra—. Tengo, el encargo de llevarle al castillo de Kopfteufel. Permítame, doctor…

Qualeck se apoderó del maletín de mano que el viajero llevaba consigo y lo condujo hasta la explanada posterior de la estación, tan desierta como el andén, y en donde había un automóvil que desentonaba completamente con el encantador anacronismo de las construcciones.

—Ruego al doctor perdone unos momentos, mientras traigo su equipaje al coche —dijo Qualeck.

Walter Gratbans se arrellanó en el cómodo asiento del automóvil y sacó su pipa. La situación, se dijo, empezaba a cambiar. Ya no estaba en el frío andén de una pequeña estación, barrida por el viento y llena de humedad, sino en un coche de cálido y confortador ambiente, merced, sin duda, a su acondicionador de aire.

Qualeck se sentó ante el volante cuando ya era de noche. Hizo arrancar el motor, encendió las luces y el vehículo se puso en movimiento.

La oscuridad circundante impedía al viajero contemplar el paisaje. Lo único que podía ver eran las rachas de agua que se agitaban copiosamente ante los faros del automóvil y unas vagas siluetas, que surgían en rápidas visiones cuando estallaba un relámpago en las alturas.

Atravesaron el pequeño pueblo de Hannesberg, en el que apenas si había encendidas una docena de luces. La tormenta había hecho refugiar a todos sus habitantes en las casas y no se veía un alma por las calles.

Qualeck conducía firme y eficientemente. Saliendo del pueblo, a los pocos cientos de metros, tomó por un ramal secundario, que ascendía serpenteando por la ladera de una montaña, cuya cima, debido a las circunstancias, resultaba invisible.

El viajero se imaginó horribles precipicios al borde del camino, doblemente espantosos puesto que no podían ser vistos. No

obstante, la implícita confianza que sentía en el conductor le hacía sentirse muy tranquilo.

El tiempo se le pasó casi sin sentir, abstraído en sus pensamientos, concentrados en los motivos de su viaje a Kopfteufel.

«Extraño nombre para un castillo», se dijo.

Kopfteufel, La Cabeza del Diablo. ¿A quién se le habría ocurrido dar semejante nombre a la posesión?

Casi de repente, entrevió unas luces delante del automóvil.

Presintió que había llegado a su destino. Instantes después, el coche se detenía ante una portalada, alumbrada por dos grandes faroles, suspendidos de sendos brazos de hierro artísticamente forjado.

La lluvia seguía cayendo a raudales.

Gratbans vio unos recios muros, de oscura piedra, y un extraño escudo, labrado en granito, sobre el dintel de la gran portalada. Por encima de su cabeza, una enorme gárgola arrojaba ríos de agua sobre el patio, de losas de piedra y superficie brillante debido a la lluvia.

De repente, una serie de relámpagos iluminaron la noche con sus lívidos resplandores.

El viajero había ganado ya el relativo refugio de la portalada, situada ésta sobre una escalera de cinco o seis amplios peldaños. Qualeck se ocupaba de su equipaje.

Los relámpagos disiparon la oscuridad. En unas brevísimas fracciones de segundo, Gratbans pudo divisar una forma monstruosa, de proporciones apocalípticas, una especie de gigante de increíbles dimensiones, suspendido sobre el castillo, oscuro, amenazador, como dispuesto a arrojarse en cualquier momento sobre la estructura de piedra, para devorarla en cuatro bocados con sus fauces de Gargantúa.

De repente, por encima de los truenos, se oyó una terrible carcajada.

Impresionado por el ambiente, el viajero se dijo que así debía reír el diablo. Casualmente tenía la vista fija en lo alto y, de repente, le pareció ver algo extraño.

Una forma oscura cruzó el aire con vertiginosa rapidez. Gratbans no supo darse cuenta de nada, hasta que oyó un espeluznante sonido.

Aterrado, dio un paso atrás. Qualeck, ya en el umbral de la portalada, giró en redondo, cargado con un par de maletas.

En el suelo enlosado, bajo la lluvia, la forma oscura permanecía, inmóvil. De sus contornos se desprendía un líquido brillante, viscoso, de color inconfundible, pese a la amarillenta luz que desprendían los faroles de la entrada.

Alguien había caído de un punto alto. Su absoluta inmovilidad delataba claramente la suerte que había corrido.

Durante unos segundos, Gratbans se sintió incapaz de hacer nada, quieto como si formara parte de la pétrea estructura del castillo. Luego, de pronto, reaccionó.

—Voy a ver si puedo socorrer…

En aquel momento, se abrió el gran portón y un torrente de luz salió al exterior.

Alguien lanzó un grito de alegría:

—¡Perfecta! ¡Ha sido una toma perfecta!

* * *

Gratbans sintió un enorme asombro al escuchar aquellas palabras. Alguien, sin la menor consideración, le apartó a un lado. Dentro del castillo sonó una voz de mujer:

—¿Doctor Gratbans? Tenga la bondad de pasar, le estábamos aguardando.

El viajero se volvió. En el umbral de la puerta divisó a una mujer alta, esbelta, de cabellos casi blancos, de tan rubios, pero con pupilas extrañamente negras. La mujer, de cuerpo muy bien formado, aparentaba una edad no muy bien definible: podía tener cuarenta años, pero si al viajero le hubieran dicho que contaba diez menos, lo habría aceptado sin la menor dificultad.

Ella vestía enteramente de negro, con cuello y puños blancos. No obstante, su indumentaria carecía de delantal, lo que dijo al viajero que era algo más que una simple doncella.

—Soy la señora Zender, ama de llaves de la condesa, doctor —se presentó la mujer—. Tenga la bondad de pasar, se lo ruego. Qualeck se encargará de llevar el equipaje a las habitaciones que le han sido destinadas.

—Mil gracias, señora Zender. Pero, por favor…

Detrás del recién llegado se producían voces y ruido. El ama de

llaves sonrió ligeramente.

—No se preocupe, doctor. Unos cineastas están rodando una película de terror y ahora comentan el realismo de la última secuencia filmada.

Había dos hombres fuera, junto al supuesto cadáver, comentando lo ocurrido. Uno de ellos era el que había gritado primeramente. El otro había salido a continuación. La lluvia les empapaba, pero a ellos no parecía preocuparles en absoluto.

Gratbans sonrió también.

—Confieso que me llevé un susto horrible —dijo—. Creí que se trataba de un accidente auténtico…

—Son el director Erwald y su técnico de efectos especiales —indicó el ama de llaves—. Seguro que se muestran satisfechos de lo bien que les ha salido la escena El maniquí llevaba unas bolsas de líquido rojo, muy espeso, que debían reventar en el momento de la caída… El señor Volstin trabaja muy bien en este aspecto.

—Ah, Volstin es el de los efectos especiales.

—Sí, doctor. Pero pase, por favor, no se quede a la intemperie.

Gratbans cruzó el umbral y se halló en una especie de zaguán, limitado por una escalera semicircular, de cuatro peldaños. No había puerta al final de la corta escalera, sino una espesa cortina, que seguía el contorno curvo del zaguán.

La señora Zender apartó la cortina con una mano. El viajero pasó al otro lado y se halló en una vasta sala, de techo muy alto, sostenido por columnas insertas en los muros de piedra, gran parte de los cuales se hallaban cubiertos por antiguos tapices. Frente a la entrada se divisaba una enorme chimenea, en la que ardían dos o tres troncos de buen tamaño. Los muebles, antiguos, eran indudablemente cómodos.

Había una larga mesa a un lado, con ocho sillas. Sobre la mesa se veían encendidos dos candelabros de seis brazos cada uno. Había lámparas eléctricas, situadas en puntos que no rompieran la armonía del conjunto, pero las velas de los candelabros estaban encendidas.

A la derecha había una escalera, con barandilla de piedra labrada, que se perdía en una puerta de arco apuntado, la cual, indudablemente, daba a las habitaciones inferiores. Otra puerta, a nivel, en el extremo opuesto, debía de conducir a los cuartos de

servicio.

El ambiente, merced al fuego, era muy agradable. Gratbans se quitó el corto abrigo que llevaba puesto. Qualeck subía ya por la escalera, cargado con su equipaje.

—El señor querrá tomar una copa de *brandy*, sin duda —sonrió la señora Zender—. Le sentará bien, con el tiempo tan inclemente…

—Se lo agradeceré —aceptó el viajero.

La señora Zender llenó una copa y la entregó a Gratbans. Los dos cineastas, entraron en aquel momento, comentando las incidencias del rodaje.

—Ya puedes guardar la cámara. Mañana estudiaremos la secuencia siguiente —dijo el director.

—Sí, señor.

—¿Una copa, caballeros? —sugirió el ama de llaves.

—No, gracias, yo la tomaré en mi habitación —se despidió uno de los recién llegados.

El otro se acercó a la mesita de los licores, situada no lejos de la chimenea.

—Hace una noche de perros —sonrió—. Pero resultaba ideal para la escena de la caída desde lo alto de la torre… Seguramente, el caballero se habrá llevado un buen susto —añadió jovialmente.

—Sí, ha sido una impresión muy fuerte —reconoció el viajero.

—Es el doctor Gratbans —dijo la señora Zender—. Doctor, le presento a…

—Romulus Erwald, director de cine. Encantado, doctor —dijo el otro rápidamente, a la vez que tendía una mano blanda y regordeta hacia el recién llegado.

Pero no llegó a completar el gesto. Vio que tenía los dedos manchados de rojo y retiró la mano con presteza.

—La escena ha sido demasiado realista —rió.

Era un hombre de unos cuarenta años, de estatura mediana, rostro de luna llena y gafas de enorme montura. La señora Zender le había servido una copa y tomó el segundo trago.

—Bien, voy a cambiarme. Ha sido un placer, doctor…

—Gratbans —repitió el viajero cortésmente.

—Ah, el que viene a curar a la condesa Leonora. —Erwald meneó la cabeza—. Me gustaría hacerlo, pero temo que no puedo augurarle un éxito profesional. ¡Pobre chica!

Erwald se marchó, silbando alegremente. La señora Zender sonrió.

—Como todo artista, es un tanto… inconstante —dijo—. Con su permiso, doctor, voy a ordenar que le preparen la cena. Ahora enviaré a Nick, el criado, para que le indique su habitación. Supongo que querrá asearse un poco antes de cenar.

Gratbans inclinó la cabeza. El ama de llaves desapareció por la puerta de la izquierda.

El viajero quedó solo unos momentos. Su vista recayó en la copa de la que había bebido el director de cine.

Todavía había en ella impresiones de unos dedos manchados de rojo. Sin saber por qué, Gratbans sacó un pañuelo y, tras desplegarlo, oprimió el lienzo contra las huellas. Parte de aquellas manchas rojas pasaron al tejido.

Mucho más tarde, en la soledad de su habitación, sacó de su equipaje un microscopio. Había previsto unos elementales análisis de sangre a su paciente, a la que aún no había visto, por lo que había traído consigo algunos elementos indispensables.

Con las tijeras, cortó cosa de tres o cuatro milímetros cuadrados de tejido, que situó bajo el objetivo del microscopio. Graduó el ocular y aplicó la vista al aparato.

¿Por qué había sentido la necesidad de tomar muestras de las huellas rojas?, se preguntó.

A menos que…

A menos que el director Erwald y su ayudante Volstin necesitaran imprescindiblemente sangre humana para aumentar el efecto realista de sus tomas cinematográficas.

Pero Gratbans no lo creía así.

Gratbans tenía la seguridad de que el supuesto maniquí había sido una persona, muerta al estrellarse contra las losas del patio, tras una caída desde una enorme altura.

Capítulo II

La lluvia, en todo caso, había lavado las losas del patio. Tras la ventana de su dormitorio, a la mañana siguiente, Gratbans, todavía en mangas de camisa, contempló el paisaje.

Frente a él estaba la carretera que serpenteaba desde el pueblo, apenas visible en las húmedas brumas matutinas, a unos tres kilómetros de distancia. Muy cerca del castillo divisó una gran cascada, que saltaba perpendicularmente, justo bajo el puente que permitía salvar el arroyo, a menos de trescientos metros del castillo.

Gratbans se extrañó de no haber visto el puente y la cascada a su llegada, pero ello tenía una explicación, debido a la oscuridad y la lluvia torrencial de la víspera. Más cerca, sin embargo, tenía otro fenómeno natural, para contemplar el cual tuvo necesidad de abrir la ventana y sacar medio cuerpo fuera.

El castillo, con dos torres y muros almenados, se hallaba directamente bajo una roca gigantesca, de proporciones indescriptibles, negruzca, con extrañas irregularidades, aunque con forma redondeada en su cúspide. Esta sobresalía de tal forma, que parecía ir a desplomarse sobre el castillo de un momento a otro.

El extremo redondo de la roca tenía dos protuberancias salientes, de forma vagamente cónica. Gratbans sintióse abrumado por aquella extraña manifestación de la naturaleza. Sólo iba a pasar una corta temporada en el castillo, pero se dijo que no podría residir allí de un modo fijo.

Por su especialidad médica, se sentía en condiciones de comprender a cualquiera que viviese habitualmente en el castillo. El sentimiento de angustia tenía que resultar inevitable y permanente.

Terminó de vestirse. Entonces, llamaron a la puerta.

Abrió. Era una mujer joven, de rostro agraciado, con una bandeja en las manos.

—El desayuno, *herr doktor* —anunció.
—Gracias, *fraulein*…
La joven rió.
—Por favor, soy Hettie —dijo.
—Entonces, gracias, Hettie.
—Si necesita algo más de mí el *herr doktor*, no tiene más que tocar el timbre —se despidió la doncella, tras una leve genuflexión.
Hettie iba a salir ya, cuando el huésped llamó su atención.
—Por favor.
—¿Sí, doctor?
—Deseo visitar cuanto antes a la condesa. Para eso creo que me han llamado —dijo Gratbans.
Hettie volvió a doblar las rodillas.
—Se lo diré a la señora Zender —contestó.
Gratbans volvió a quedarse solo. Contempló la bandeja: pescado ahumado, huevos revueltos, mantequilla, mermelada, café humeante, leche y una jarra de cerveza, además de pan y pastas.
—Deben creer que estoy muerto de hambre —sonrió.
Pero lo cierto era que tenía un apetito magnífico.
Mientras comía, volvió a pensar en el descubrimiento de la víspera.
El líquido rojo que era sangre.
¿Podía llevar Erwald su realismo hasta el extremo de utilizar sangre humana en sus películas?
¿O lo que había visto, verdaderamente, era la muerte de una persona?
Un hombre, no cabía duda.
En todo caso, ¿quién era?
Media hora más tarde, llamaron a la puerta.
El ama de llaves apareció ante los ojos de Gratbans segundos después.
—Buenos días, doctor —saludó cortésmente la señora Zender—. ¿Ha descansado bien?
—Perfectamente, y el desayuno estaba muy apetitoso…
—Gracias, doctor. Si está listo, puedo conducirle hasta la condesa.
—Ahora mismo.
Gratbans tomó su maletín y siguió a la hermosa y enigmática

mujer, cuya edad se sentía incapaz de descifrar.

¿Treinta? ¿Cuarenta años?

* * *

Había vuelto a llover y las brumas se cerraban sobre el valle, cuando Gratbans entró en una habitación de amplias dimensiones, provista de una chimenea, con troncos encendidos. Sentada en un cómodo butacón, había una mujer.

Era joven, menos de veinticinco años, de pelo intensamente negro, piel muy blanca y ojos extrañamente azules. Vestía un peinador de holgados tules y tenía las piernas cubiertas por una gran piel, hallándose situada no lejos de la ventana, pero tampoco de la chimenea.

—Señora condesa, el doctor Gratbans —anunció el ama de llaves.

La joven volvió la cabeza y sonrió muy ligeramente.

—¿Cómo está, doctor? —saludó.

Gratbans hizo una ligera inclinación.

—Es para mí un honor conocerla, condesa Leonora —dijo—. Recibí una carta en la que me explicaban su rara enfermedad…

—Soy yo el autor de esa carta —sonó de pronto la voz de un hombre.

Gratbans se volvió.

Situado en el umbral, había un hombre alto, elegantemente vestido, de unos cuarenta años, de pelo oscuro y cejas picudas, bajo cuyo bigote, no demasiado acentuado, lucía una amplia sonrisa.

—Max Kerstel, intendente de la señora condesa —se presentó el recién llegado—. Doctor, lamento no haber estado presente anoche, a su arribada, pero asuntos urgentes me retenían en el pueblo. Ahora, por supuesto, estoy completamente a su disposición, para cuanto necesite de mí.

—Encantado, señor Kerstel —dijo el joven—. De momento, sin embargo, prefiero quedarme a solas con la paciente.

—Claro. —Kerstel se volvió hacia el ama de llaves—. Salgamos, señora Zender.

—Sí, señor.

La puerta se cerró. Leonora von Hellerman pareció animarse un tanto al saberse sola con el huésped.

—Doctor, tome asiento —indicó—. Ahora mismo le explicaré los síntomas de mi enfermedad…

—Condesa, si lo prefiere, la examinaré antes, aunque sólo sea ligeramente. Luego hablará todo lo que guste.

—Muy bien, usted es el médico y yo soy la paciente.

Gratbans abrió su maletín y sacó el estetoscopio. Auscultó a la joven, tomó su presión sanguínea y también el pulso y, pasados unos momentos, se sentó frente a ella.

—Pulmones, perfectos —anunció sonriendo—. Presión algo baja y pulso un tanto débil. ¿Cuál es su peso habitual?

—Cincuenta y ocho, aunque ahora peso ocho o nueve menos —respondió Leonora—. Soy una mujer bien constituida habitualmente y mido un metro y setenta y dos centímetros. Antes de caer enferma, sin embargo, decían que me sobraban cuatro kilos. Yo no opinaba así; prefería mi línea… que algunos estimaban… maciza. Bien, depende de los gustos, ¿no, doctor?

—Cierto —convino Gratbans—, y no me cabe la menor duda que, para su estatura y complexión, un peso de cincuenta y seis a cincuenta y ocho kilos, es lo ideal, procurando no rebasarlo, aunque tampoco perdiendo demasiado. Sin embargo, cincuenta kilos, o menos, es va preocupante. ¿Me permite unas tomas de muestras de su sangre, para análisis?

Leonora le miró sorprendida.

—Tenía entendido que era psiquiatra —dijo.

—En la Facultad también enseñan a analizar la sangre —sonrió él.

La joven alargó el brazo izquierdo. Gratbans observó preocupado la transparencia de la epidermis. Leonora, pensó, era una optimista al decir que pesaba cincuenta kilos. Posiblemente, exageraba en tres, si no más.

Al cabo de unos momentos, dijo que estaba listo.

—Si no le importa, encenderé mi pipa —manifestó.

—¡Oh, en absoluto! Pero, dígame, por favor, ¿qué opina de mi estado actual, doctor?

—Se lo diré cuando haya analizado la sangre. Ahora, dígame, ¿cuál es su dolencia principal?

Hubo un brillo extraño en los ojos de la joven.

—Doctor, dicen que estoy poseída por el diablo —exclamó.

* * *

Gratbans volvió una hora más tarde a su habitación y se aplicó al examen de las muestras de sangre. Lo que vio a través del microscopio le preocupó considerablemente, preocupación que aumentó tras las reacciones químicas que realizó a continuación.

La mañana se le pasó rápidamente. De pronto, cuando ya terminaba su tarea, llamaron a la puerta.

—¡Pase! —dijo.

Kerstel entró en la habitación. Vio el microscopio y algunos aparatos y sonrió.

—¿Análisis?

—Sí, de sangre.

—Positivo, supongo.

—Los médicos decimos positivo cuando encontramos rastros de enfermedad. Por ahora, el examen es negativo, salvo en un par de puntos.

—Usted dirá, doctor.

—Principio de anemia, señor Kerstel. Escasez de glóbulos rojos y de hierro.

—¡Oh…! ¡Es natural!

—¿Por qué lo encuentra natural? —se extrañó el joven.

—Bueno, después de lo que ha pasado esa pobre chica… Perdón, la señora condesa.

Gratbans hizo un gesto con la mano, como indicando que el tratamiento carecía de importancia.

—Siga, señor Kerstel —invitó.

—Bien, doctor, antes de continuar hablando, me gustaría que viese usted una película —dijo el visitante.

Gratbans arqueó las cejas.

—¿Una película?

—En efecto. Tengo el proyector en mi habitación. ¿Quiere acompañarme?

—No faltaría más.

Gratbans echó a andar, pero, de pronto, se detuvo frente al otro.

—Esta mañana dijo que era usted el intendente del castillo —recordó.

—En efecto —respondió Kerstel—. Y he sido el tutor de la condesa hasta hace poco, es decir, hasta que cumplió los veintitrés

años.

—Una edad algo avanzada para una tutela —observó Gratbans.

—Bien, todo fue resultado de las disposiciones testamentarias del difunto conde. Por supuesto, a partir de los dieciocho años, aproximadamente, la tutela fue nominal. Yo conservé el cargo de intendente y administraba los bienes de la condesa, aunque ella disponía libremente de todo.

—Comprendo. —Gratbans sonrió—. Sólo necesito antecedentes, para poder situarme mejor en el momento del tratamiento curativo.

—Muy lógico, doctor —dijo Kerstel—. Por favor…

Los dos hombres salieron al corredor, amplio, que conservaba los elementos primitivos de su decoración. En el lado opuesto a la puerta que conducía a la escalera de acceso, se divisaba otra más pequeña, cerrada.

—Por ahí se sube a las torres —indicó Kerstel, al mismo tiempo que abría la puerta de su habitación.

* * *

Ciertamente, el constructor del castillo no había escatimado el espacio en las habitaciones. Por lo menos, en las destinadas a personas distinguidas, aparte de los dueños de la fortaleza.

Gratbans observó el proyector de cine y la pantalla situada enfrente, a unos cinco metros de distancia. Kerstel corrió las cortinas y se situó junto al aparato.

—No hay sonido, es película de aficionado —dijo—. Pero en esta ocasión, y aun lamentando lo morboso de la escena, no pude resistirme a impresionar unos cuantos metros de celuloide. Yo mismo no creía lo que estaban viendo mis ojos y, puesto que ya no era la primera vez que sucedía, me creí en el deber de llamarle a usted.

Gratbans hizo un gesto con la cabeza. La proyección se inició segundos después.

Leonora apareció en la pantalla. Estaba sentada, tal como la había visto aquella misma mañana. La joven se hallaba en su sillón, con los ojos cerrados.

De pronto, se estremeció.

Todo su cuerpo se agitó violenta, epilépticamente.

Abrió la boca, pero no los ojos.

Gritaba «¡no! ¡no!», con voz llena de desesperación. La voz no se percibía, lógicamente, pero era fácil adivinar sus frenéticas negativas a través del movimiento de los labios.

Entonces, algo horrible apareció en la pantalla.

Era una forma indefinible, una especie de aura fosforescente que envolvía por completo a la muchacha. Brotaba de todos los poros de su boca y parecía tener mil tentáculos que la rodeaban con abrazos de fuego.

Gratbans creyó soñar.

¿Estaba viendo la filmación de una posesión diabólica?

Las convulsiones de la joven alcanzaron un horrible paroxismo. De súbito, se desplomó sobre el sillón.

El aura fantasmal desapareció. Entonces, algo parecido a una baba, fluida, pero espesa, de color verdoso, surgió de su boca, se deslizó por el mentón y llegó hasta su pecho.

La proyección se cortó bruscamente. Kerstel encendió las luces.

—Después de esto, la condesa permaneció inconsciente durante más de veinticuatro horas —dijo.

Parecía muy agitado. La mano le temblaba al encender un cigarrillo.

Gratbans empezó a cargar su pipa.

—Horrible —comentó.

—¿Es todo lo que tiene que decir, doctor? —preguntó Kerstel.

—La verdad es que no sé qué decir —respondió el interpelado—. Si realmente se trata de una posesión diabólica, ¿por qué no llaman a un exorcista?

Kerstel torció el gesto.

—El hecho de que yo crea que, en ocasiones, el diablo se posesiona no sólo del alma, sino también del cuerpo de la condesa, no significa que hayamos de llamar a un exorcista. Francamente, no creo en ellos.

—Y sí cree en la psiquiatría.

—Por eso está usted aquí, doctor —sonrió Kerstel.

—¿Qué intervalo hay entre cada ataque del diablo?

—¡Oh!, una semana, diez días, aproximadamente. Por lo menos, tres veces al mes.

—Y ha sufrido ya… ¿cuántos ataques?

—Cinco. No, seis —se corrigió Kerstel rápidamente.

—Es decir, la cosa empezó hace dos meses.

—Sí, en efecto. Creímos que sería algo pasajero, pero, la verdad, en la última ocasión estuvo a punto de morir.

—No me extraña. De modo que usted opina que un psiquiatra puede curar a la condesa.

Kerstel inhaló una bocanada de humo.

—No veo por qué no, ya que, a pesar de que el cuerpo sufre los embates de las posesiones diabólicas, su mente es lo que realmente padece. Y si usted cura su mente, el diablo se retirará y dejará libre a mi pupila…, perdón, a mi ex pupila —corrigió.

CAPÍTULO III

Gratbans se sentía sumamente preocupado.

La filmación no ofrecía lugar a dudas. Algo, horriblemente maligno, atormentaba a Leonora con cierta periodicidad.

Pero si realmente se trataba del diablo, no creía que su experiencia como psiquiatra pudiera curar a la joven, pese a las manifestaciones del intendente y ex tutor de Leonora.

Y, sin embargo, cabía hacer algo.

Lo intentaría. Leonora era una joven que le había resultado tremendamente simpática.

Después de su sensacional declaración, ella le había relatado buena parte de su vida. Hasta que empezaron los ataques diabólicos, había sido una mujer activa, alegre, llena de vitalidad, deseosa de vivir, comunicativa, extrovertida…

Pero ahora era una sombra de sí misma, desganada, inapetente, sin deseos apenas de moverse. Leonora, pesimista, había dicho que iba a morir.

—La frase parecerá de una novela de aventuras, pero sé que el diablo se me va a llevar —habían sido sus palabras.

Sentado junto al fuego, en un cómodo butacón, Gratbans reflexionaba.

La falta de glóbulos rojos y de hierro en la sangre de la muchacha era consecuencia de su inapetencia, que había provocado un principio de anemia. Lo primero que cabía era despertar su apetito y hacerle recobrar las fuerzas físicas.

Sanado el cuerpo, sanaría la mente.

Y el diablo se iría…

—Al infierno, que es donde debe estar —murmuró.

Llamaron a la puerta y dio permiso. Hettie entró con una bandeja en las manos.

—Traigo el té, *herr doktor* —dijo.

—Gracias. Déjelo ahí.

—Sí, señor.

Hettie hizo una de sus habituales genuflexiones y ya se disponía a retirarse, cuando Gratbans se puso de pronto en pie.

—Hettie —llamó.

—¿Sí, *herr doktor*?

—¿Lleva usted mucho tiempo al servicio de la condesa?

—Oh, unas seis semanas solamente. Pero la conozco desde hace años. Yo soy de Hannesberg, la aldea que está al pie de la montaña…

Hettie se santiguó rápidamente.

—Quiero decir al pie de Kopfteufel —añadió.

—Sí, comprendo —sonrió Gratbans—. ¿De veras cree que la condesa está poseída por el diablo?

Hettie volvió a santiguarse.

—El castillo está maldito —dijo—. Está habitado por el mismísimo diablo.

—Ca… ramba —exclamó Gratbans, sorprendido por aquella respuesta.

—El diablo vive aquí, encima de nosotros. —Hettie alzó un dedo índice, como señalando la roca al pie de la cual se había edificado el castillo—. Es su morada y no la abandonará hasta que el peñasco se derrumbe.

—Si eso llegara a suceder, la gente que estuviera en el castillo en esos momentos no lo pasaría muy bien.

—*Herr doktor*, si yo fuese la señora condesa, me iría de aquí ahora mismo y no volvería jamás.

Las rodillas de Hettie se doblaron una vez más. Abrió la puerta y cruzó el umbral.

Fuera, en el corredor, alguien gritó:

—¡Hugo, por la noche rodaremos la escena del entierro en la cripta!

—¡Bien, *herr direktor*!

Hettie volvió los ojos hacia Gratbans. Sus labios se acanutaron en un mohín despectivo.

—Cineastas, ¡puf! —dijo.

Y se marchó.

Gratbans se preguntó qué habría querido decir la doncella con aquel inequívocamente despreciativo comentario.

—Probablemente, los considera de cuarta fila —se dijo.

Al poco rato, volvieron a llamar a la puerta.

Esta vez era el ama de llaves.

Gratbans, un poco sorprendido, observó que la señora Zender había cambiado su indumentaria. La mujer vestía ahora un traje igualmente largo y negro, pero con un escote nada morigerado y muy poco acorde con su posición en el castillo.

—Perdón, doctor, sólo vine a preguntarle si se siente satisfecho del servicio —manifestó.

—Por supuesto que sí, señora Zender. No tengo ninguna queja al respecto —respondió el joven.

—Muchas gracias, es todo cuanto deseaba saber. —De pronto, la señora Zender se puso una mano en la frente—. Me duele la cabeza…

—Tengo analgésicos en mi maletín —se ofreció Gratbans.

—No es nada, se me pasará pronto. Gracias, doctor. La cena a las siete y media.

La señora Zender dio media vuelta, pero, entonces, Gratbans tuvo una idea.

—Por favor…

El ama de llaves se volvió.

—Dígame, doctor —contestó, sonriendo extrañamente.

—La condesa es mi paciente. Me gustaría cenar con ella. En la comida, dos personas suelen conversar con menos complejos que de ordinario. Y a mí me interesa conocer a fondo la mente de la condesa. Tenga la bondad de consultarle si encuentra algún inconveniente en lo que acabo de decir.

—Ahora mismo iré a verla, doctor.

La señora Zender regresó a los pocos momentos.

—Doctor, la condesa prefiere cenar sola —declaró.

—Muy bien, pase por hoy, pero mañana, como médico, le ordenaré que tome la cena conmigo —sonrió Gratbans.

—Así se lo diré. Buenas noches, doctor.

De pronto, Gratbans se acordó de Qualeck, el fornido chófer.

¿Dónde se había metido?

En todo el día lo había visto, aunque, por otra parte, era lógico

suponer que Qualeck estuviera en las habitaciones destinadas a la servidumbre.

De todos modos, procuraría hablar con él a la primera ocasión.

Cargó su pipa. Envuelto en nubes de humo, se acercó a la ventana.

Anochecía. Había vuelto a llover.

De pronto, sin saber por qué, Gratbans se sintió terriblemente deprimido.

* * *

Después de la cena, oyó voces.

Atraído por la curiosidad, se acercó a la puerta que daba a las habitaciones de servicio.

Estaba abierta. Allí empezaba un corredor. Había dos puertas más. Una de ellas aparecía igualmente abierta y la luz salía por el hueco.

Gratbans avanzó unos pasos. Desde la puerta, pudo ver una escalera de piedra que se hundía en el suelo.

Descendió unos peldaños. Vio un par de focos encendidos y a un hombre situado tras una cámara. Había una sepultura abierta.

Otro hombre llevaba sobre sus espaldas un cuerpo inerte. Gratbans, asombrado, reconoció al intendente.

Erwald, el director, estaba junto a la cámara, que era maniobrada por su operador, Volstin. La señora Zender estaba también junto a ellos.

El supuesto cadáver que Kerstel llevaba a cuestas cayó en el hueco. Acto seguido, Kerstel manejó una especie de molinete, que accionaba unas cadenas, de las que había suspendida una pesada losa.

La losa cubrió la sepultura. Entonces, se oyó la voz del director:

—¡Corten! ¡La toma ha sido perfecta!

Kerstel se irguió y sonrió, abandonando la mueca diabólica que había ostentado durante la escena.

—Será una película maravillosa —aseguró.

—Dados los medios de que disponemos, no hay la menor duda —contestó Erwald.

Gratbans se dio cuenta de que podía ser advertido y se retiró discretamente. Los cineastas podían enojarse.

Cuando llegaba al salón, se encontró con el mayordomo.
—Nick —llamó.
El hombre se inclinó profundamente.
—Señor…
—¿Dónde está Qualeck?
La inexpresiva cara de Nick se alteró un tanto.
—En… durmiendo, supongo —respondió—. Tiene una habitación en el garaje… ¿Quiere el doctor que lo llame?
—No, no tiene importancia. Ya lo veré mañana.
—Muy bien, *herr doktor*.
Gratbans se retiró a su habitación. La atmósfera del castillo resultaba deprimente, lúgubre.
Pero él era un hombre joven, enérgico, poco dado a fantasías…, aunque en su profesión había tenido sobradas ocasiones de conocer fantasías de sus pacientes, algunas de ellas realmente indescriptibles.
La primera entrevista con Leonora no había sido demasiado reveladora, excepto en algunos puntos de su vida pasada. Tendría que profundizar más en su carácter y en su idiosincrasia, antes de llegar a un diagnóstico certero, que le permitiera alcanzar la curación de la muchacha.
Tal vez el hipnotismo… aunque no estaba muy ducho en su práctica, ni tenía la seguridad de que Leonora fuese lo suficientemente receptiva para entregarle de un modo pleno el dominio de su mente.
Al cabo de un rato, se dispuso a acostarse.
Todavía llovía. El monótono rumor del agua que caía era un remedio seguro contra el insomnio.
De pronto, se le ocurrió una idea. Entonces, apenas concebido el pensamiento, llamaron a la puerta.
Abrió. Su sorpresa fue enorme al ver al ama de llaves.
—Señora Zender…
Ella sonrió.
—Ahora sí necesito el analgésico, doctor —manifestó.
Gratbans contempló a la mujer, de pies a cabeza. La señora Zender vestía un salto de cama, apenas más espeso que el camisón que había debajo.
—Se lo daré ahora mismo, señora Zender —dijo Gratbans.

Al volverse de espaldas, oyó el ruido de la puerta. Giró la cabeza un poco.

El ama de llaves había cerrado.

—Mi nombre es Diana, doctor —murmuró.

—Bonito —elogió el joven, mientras hurgaba en su maletín.

Cuando se volvió, con el tubo de tabletas en la mano, vio que ella llenaba dos copas.

En cada habitación, había un servicio de licores. Gratbans se acercó a la mujer y le quitó suavemente una de las copas.

—Ahí tiene agua —indicó—. No tome jamás un analgésico con alcohol.

Diana seguía sonriendo incitantemente.

—Usted es el médico y yo debo hacerle caso —dijo.

Avanzó un poco. Rozó al huésped.

—¿Se me pasará pronto el dolor de cabeza? —preguntó.

Gratbans carraspeó.

—Señora…

—Ahora puede llamarme Diana…, Walter.

—Sí, Diana. Tómese una tableta, ahora. Si el dolor persiste, repita la dosis dentro de dos horas, aunque estoy seguro de que se le pasará muy pronto.

El tubo quedó en manos de la mujer. Gratbans se acercó a la puerta y la abrió.

—Buenas noches, señora Zender —dijo.

Ella soltó una extraña risita.

—Si usted lo dice…

Gratbans se quedó solo. No le había sido difícil adivinar las intenciones de la hermosa mujer. Pero él había ido a Kopfteufel para una misión curativa, y no para enredarse en una aventura amorosa.

De pronto, recordó la idea surgida momentos antes. Pero no podía ponerla en práctica todavía.

Era preciso aguardar a que todo el mundo estuviese dormido.

CAPÍTULO IV

En el gran carillón de la sala sonaron las tres de la madrugada. Gratbans se asomó a la puerta de su dormitorio.

El silencio era absoluto. Gratbans abandonó su habitación, recorrió el pasillo, descendió por las escaleras y alcanzó la sala.

Momentos después, abría la puerta de la cripta. A la derecha divisó un interruptor.

Las luces se encendieron un segundo después. Gratbans contempló fijamente el sepulcro, que había servido como decorado para la filmación de una secuencia.

Los focos estaban todavía allí. Gratbans decidió que tenía bastante con las dos lámparas situadas en sendos muros y empezó a bajar la escalera.

El molinete que accionaba el aparejo estaba muy cerca de la escalera. Un recio cable de acero se enrollaba en el molinete, que podía ser trincado por un retén para mantener la losa en alto. El aparejo, por otra parte, aliviaba en gran manera el enorme peso de la losa sepulcral.

Gratbans empezó a dar vueltas a la manivela. Cuatro cadenas, unidas en un punto común, iban a parar a cuatro anillas de hierro, encastradas en el granito de la losa. Ésta empezó a levantarse a los pocos instantes.

Pasados unos momentos, Gratbans trincó el molinete. La losa quedaba a metro y medio sobre la sepultura, un túmulo de granito que se alzaba a otro tanto sobre el suelo.

El joven se acercó a la sepultura. El maniquí que había servido para la escena supuestamente de terror estaba todavía allí.

Pero Gratbans tenía la plena seguridad de que no se trataba de un maniquí.

Tenía ropas limpias y su aspecto era relativamente apacible. No

obstante, sus dedos hábiles encontraron bien pronto una sutura en la parte posterior de la cabeza, allá donde el hueso se había roto como consecuencia de la caída, rajando, además, el cuero cabelludo.

Gratbans continuó examinando el cadáver. Aquella sola herida bastaba para causar la muerte, pero, además, encontró numerosos huesos fracturados en brazos y piernas.

Había sido un hombre joven y no desagradable de aspecto, pese a la cicatriz en forma de ángulo obtuso y de unos cuatro centímetros de largo que surcaba su mejilla izquierda. ¿Un antiguo estudiante de Heidelberg?, se preguntó.

La cicatriz podía ser el resultado de uno de los duelos a sable, clásicos en Heidelberg entre los estudiantes, aunque la costumbre se había difuminado casi absolutamente. Sin embargo, todavía se efectuaban algunos duelos al año.

De repente, creyó oír un ruidito a sus espaldas.

Estaba inclinado sobre el cadáver, pero el instinto le hizo saltar a un lado. Trastabilló y perdió el equilibrio, cayendo al suelo enlosado, al mismo tiempo que algo descendía velozmente sobre la sepultura.

Se oyó un ruido no demasiado fuerte, pero sí de tonos horribles. La cripta retembló sordamente.

Gratbans se volvió. Una sombra oscura corría escaleras arriba. Antes de que el joven pudiera hacer nada, el individuo desapareció de su vista.

Un pañuelo secó el abundante sudor que corría por la frente del joven Gratbans. Se dio cuenta de que había escapado a la muerte por una fracción de segundo.

Miró hacia la losa. Aquella pesadísima piedra podía haberle aplastado el cráneo con toda facilidad como si fuese una cáscara de nuez.

Luego lentamente se acercó al molinete. Soltar el retén que mantenía la rueda en determinada posición y más con un contrapeso en el extremo opuesto lo que sin duda facilitaba su giro no era nada difícil.

Se preguntó quién podía ser el muerto. Un hombre joven, en la plenitud de su vida… ¿asesinado?

¿Cómo podía él asegurar tal cosa?

Lo único cierto parecía el intento de asesinato dirigido contra él mismo. Era cierto que había visto un enterramiento, pero, en el caso de que el muerto fuese auténtico, ¿no podía caber que se tratase de un acto enteramente legal?

¿Cómo podía saber él que la muerte del supuesto estudiante no había sido realmente accidental?

En todo caso el entierro se había hecho de una forma fuera de lo común, pero nada más. No podía probar que se tratase de un asesinato y si iba a la policía corría el riesgo de hacer el ridículo.

Al cabo de unos minutos, se atrevió a volver a su dormitorio.

Nadie le obstaculizó el camino. En el castillo, todos dormían.

O parecían dormir.

Al menos, había una persona despierta: la misma que había intentado asesinarle.

* * *

Qualeck, el chófer, se le presentó por la mañana, cuando se disponía a visitar a su enferma.

—Me dijeron que quería verme, doctor.

—Oh, sí, Qualeck; deseaba hacerle un par de preguntas, aunque temo que quizá le resulten inoportunas…

Gratbans sonreía amistosamente, para inspirar confianza al fornido individuo. Qualeck sonrió también.

—Lo que usted guste, doctor —dijo.

—Bien, se trata de… Oiga, ¿es cierta esa leyenda de que el diablo habita en la roca que hay sobre el castillo? —Doctor, si una cosa es cierta, ¿puede ser leyenda? Gratbans se echó a reír.

—Tiene usted razón —dijo—. Me ha pillado… con una pierna al aire. Las leyendas no son más que eso: leyendas, tradiciones sin fundamento en la mayoría de ocasiones, aunque muchas de ellas con una vaga base real… Pero quizá lo que debía haberle preguntado es si usted creía en esa leyenda.

Qualeck hizo una mueca.

—El diablo está por todas partes y en ninguna —contestó sentenciosamente.

—Eso es verdad. Y como no le quiero molestar más, haré la última pregunta: usted estaba conmigo cuando cayó aquel maniquí desde las alturas. ¿Qué le pareció?

—Una escena muy bien lograda, doctor.

—¿Lo cree así?

—Sin lugar a dudas.

—En el primer momento, me pareció una muerte autentica.

—Creo que hicieron un buen trabajo, es decir, lo hizo el ayudante del señor Erwald. El maniquí era bastante pesado, tanto como una persona, por eso pareció que era real.

—Ya me di cuenta de que usted no se asustaba —sonrió Gratbans—. Muchas gracias, Qualeck.

—A su disposición, *herr doktor*.

A continuación, Gratbans fue a la habitación de la enferma.

Leonora estaba ya vestida, aunque sentada en la misma posición en que la había visto el primer día. Su mirada se perdía en las llamas de la cercana chimenea.

—Levántese, condesa —ordenó Gratbans perentoriamente.

Hubo una expresión de sorpresa en el bello pero demacrado rostro de la joven.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó con voz débil.

—Vamos, en pie. ¿Qué hace ahí sentada? Muévase, póngase en pie; se lo ordena su médico. ¿Me ha oído?

Las manos de Leonora apartaron torpemente las pieles que cubrían la parte inferior de su cuerpo. Apoyándose en los brazos del sillón, consiguió incorporarse.

—Siento las piernas muy débiles… —murmuró.

—Porque últimamente no hace ningún ejercicio —dijo Gratbans enérgicamente—. La posesión de ese espíritu maligno no debe impedirle moverse. Mire, hoy no llueve. Cámbiese de ropa, póngase pantalones y un abrigo y salga a dar una vuelta por los alrededores del castillo. Verá qué cambio nota al regresar, aunque no haya andado más de un kilómetro. Pero lo que, como médico no puedo consentir en modo alguno, es que se pase las horas y los días y las semanas ahí sentada, consumiéndose estúpidamente. ¿He hablado claro?

La actitud de Gratbans era parcialmente fingida. Sólo quería que sus palabras actuasen a modo de revulsivo en una joven abatida y momentáneamente abandonada a su suerte. Por regla general, trataba a todos sus pacientes con gran corrección, pero había momentos en que era preciso emplear cierta rudeza.

Leonora hizo un esfuerzo para sonreír.

—De acuerdo, doctor, seguiré sus consejos…

—¡Mis consejos, no; mis órdenes! —puntualizó él en el mismo tono.

Y ya se disponía a salir cuando, de pronto, se volvió hacia ella.

—Ah, olvidaba decirle una cosa —añadió—. Esta noche me he invitado a su mesa. Cenaremos juntos. Buenos días, condesa.

Leonora se quedó estupefacta, con la boca entreabierta, sin saber qué responder. Gratbans abandonó la estancia y se dirigió a la planta baja.

Erwald subía por la escalera y se detuvo frente a él.

—Un buen tipo —gruñó.

—¿Cómo dice? —preguntó el joven.

—Digo que usted sería un magnífico tipo para colaborar en mi película, doctor. Alto, joven, guapo, apuesto…

—Sólo falta añadir millonario, pero, por desgracia, no lo soy —contestó Gratbans zumbonamente.

—Podría hacerse millonario, si colaborase con nosotros.

—¿En calidad de cadáver?

El tono de Erwald cambió de inmediato.

—En las películas de terror suele haber muchos muertos —dijo secamente.

—Por ahora, la profesión de artista de cine no me tienta. De todos modos muchas gracias, señor Erwald.

—¡Oh!, llámeme Rom. Mi nombre es Romulus, pero todo el mundo se come las últimas cuatro letras.

Erwald soltó una risita y siguió su camino. Por su parte, Gratbans llegó a la sala y buscó un cordón de llamada, del que tiró en el acto.

Nick, el mayordomo, apareció a los pocos momentos.

—¿Doctor?

—Haga el favor de avisar a Qualeck, tengo necesidad de ir al pueblo —ordenó el joven secamente.

—Bien, doctor.

Minutos más tarde, Gratbans y Qualeck salían del castillo. Tras cruzar la puerta de la muralla exterior, enfilaron el camino que conducía a Hannesberg. Poco después, atravesaron el puente.

Gratbans contempló la cascada un instante en la próxima

revuelta. El arroyo saltaba más de treinta metros, corriendo después por angostos precipicios, cuya sola vista erizaba los cabellos. Cualquiera que tuviese la desgracia de caer en aquellas espumeantes aguas, moriría de modo irremisible.

Estuvo en la farmacia, en donde adquirió algunos medicamentos que estimó necesarios para conseguir que Leonora recobrase las fuerzas perdidas. El farmacéutico, aunque reservado, le dio algunos detalles interesantes sobre los habitantes de Kopfteufel.

—Por supuesto, yo no creo en la leyenda del diablo que habita en la roca —dijo el hombre—. En cuanto a Leonora, a mi entender, es una neurótica, no digo que incurable, pero sí recalcitrante. Tal vez lo que le pasa se deba a la muerte de su prometido.

—No sabía que ella hubiera estado a punto de casarse —dijo Gratbans.

—Pues… sí, y hubiera sido una buena boda. Pero su futuro esposo tuvo la mala suerte de caerse un día al Bachteufel… —El farmacéutico soltó una risita—. Como puede observar, aquí todo gira en torno al diablo; Arroyo del Diablo, Cabeza del Diablo… Diríase una obsesión, ¿verdad?

Gratbans pensó en el arroyo que caía por la montaña y se dijo que, efectivamente, tenía todo el aspecto de un arroyo nacido de la mano del demonio.

—De modo que su prometido cayó…

—Se tomó unas cuantas copas de más y quiso presumir delante de ella. Ya sabe lo que son algunos jóvenes; les gusta el peligro; cuanto más, mejor. Se puso en pie sobre uno de los pretiles del puente, quiso hacer equilibrios sobre un solo pie… ¡y el arroyo cobró una víctima! —concluyó el farmacéutico melodramáticamente.

Gratbans regresó profundamente pensativo al castillo. La muerte de su prometido era algo que Leonora le había ocultado.

«Tal vez es que yo no le pregunté por sus asuntos sentimentales», pensó.

Cuando llegaban a las inmediaciones del castillo, de día y con la atmósfera despejada, contempló desde el coche la enorme roca que se erguía sobre la construcción.

Sí, podía tomarse por una cabeza, con el rostro escasamente señalado, pero con dos extrañas protuberancias, no demasiado

salientes, sin embargo, que parecían sendos cuernos.

«Los cuernos de la clásica representación figurativa del demonio», se dijo.

De repente, Qualeck frenó con tal brusquedad que Gratbans se sintió violentamente lanzado contra los asientos delanteros. Vagamente oyó las maldiciones del chófer, pero, al mismo tiempo, vio una masa oscura que pasaba con enorme velocidad a pocos centímetros del morro del vehículo.

El enorme pedrusco cruzó la carretera como un meteoro y saltó al abismo. Qualeck se apeó y blandió la mano en dirección hacia la montaña, a la vez que profería una atronadora sarta de maldiciones.

Gratbans se apeó también.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

El chófer se volvió y le miró torvamente.

—Doctor, ¿tiene usted permiso de conducir? —preguntó.

—Pues claro, aunque para venir aquí no estimé necesario…

—En tal caso, cada vez que quiera bajar a Hannesberg, conduzca usted mismo. Si no le gusta este coche, porque es grande, tome el otro, más pequeño, un «Volkswagen» 1.500. ¿Entendido?

—No —contestó Gratbans fríamente.

Qualeck ocupó de nuevo su puesto tras el volante.

—Está bien claro: no tengo ganas de que me maten junto a usted —dijo.

CAPÍTULO V

Leonora acogió con una sonrisa a su invitado, cuando éste se presentó en el dormitorio, a la hora de la cena.

—He traído algunos medicamentos de la farmacia del pueblo —dijo Gratbans—. Son reforzantes y reconstituyentes y luego le dejaré una nota con las indicaciones de las horas en que debe tomarlos.

—Muy bien, doctor; le aseguro que seré una paciente ejemplar —contestó ella—. Y, otra cosa, usted tenía razón; el paseo me ha sentado estupendamente.

—El mal tiempo no se ha ido todavía; de lo contrario, dentro de una semana le aconsejaría se comprase una bicicleta y diese largos paseos. Pero puedo trazarle un plan de ejercicios que puede realizar dentro de casa, no demasiado fatigosos, aunque sí deberá hacerlos con toda constancia.

—Y eso me sacará el diablo del cuerpo.

—Condesa, de momento lo que interesa es que recobre la salud física. El viejo aforismo latino no se inventó en balde.

—*Mens sana, in corpore sano* —sonrió ella.

—Yo suelo decir muchas veces lo contrario: el cuerpo sano, proporciona una mente sana. Muchas veces, las dolencias mentales son provocadas por una salud física deficiente.

—Pero no la posesión diabólica.

—O lo que usted cree posesión diabólica.

Leonora se puso una mano en la frente.

—Cuando me recobro de los ataques del diablo, me siento horriblemente fatigada —dijo—. Debe de ser a causa de la lucha que mi mente sostiene con ese espíritu infernal.

—Tal vez porque usted no se ha sentido lo suficientemente fuerte para vencerlo.

—¿Cómo puede ser fuerte una persona frente al diablo?

—En su caso, porque no quiere, más que no puede, olvidar cierta escena ocurrida hace algunos meses, cuando un hombre se embriagó, hizo el tonto y acabó cayendo al Bachteufel.

Leonora se puso rígida.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—¿Por qué no me contó usted nada respecto a la trágica muerte de su prometido?

—Ya no lo era —dijo ella sorprendentemente—. Yo había podido darme cuenta de que Hans Richard Wochenau no era el hombre que daría un sentido a mi vida. En consecuencia, rompí el compromiso. Él se embriagó y empezó a hacer tonterías. Yo corrí tras él, tratando de calmarle y hacerle entrar en razón…

El pecho de la joven se agitaba con violencia.

—Acaso no supe ser diplomática y decírselo de otro modo, con suavidad; quizá debí haberle mostrado paulatinamente mi desvío, de tal forma que él lo comprendiese por sí mismo y diese por roto el compromiso. La verdad es que no me gustan los rodeos… Pero ¿quién iba a pensar en una reacción semejante? Hans Richard me había parecido siempre un hombre sensato y ponderado, pero las buenas cualidades de una persona no son suficientes para tenerla al lado durante toda la vida. ¿No le parece, doctor?

Gratbans asintió silenciosamente.

—El caso es que él salió corriendo, brincando atolondradamente, profiriendo mil tonterías… —prosiguió Leonora—. Llegó hasta el puente, no está demasiado lejos, como usted mismo ha podido apreciar, se subió al pretil, perdió pie y… y…

—Basta —cortó Gratbans, al observar la agitación de su paciente —. No siga, condesa.

Ella le miró con ojos húmedos.

—Es una imagen que tendré presente siempre, mientras viva — aseguró.

—Olvidará —afirmó el joven—. Tiene mucha vida por delante y los años curan inapelablemente cierta clase de males.

—Doctor, yo fui la causante de la muerte de Hans Richard. Por eso, como castigo, el diablo me posee y me atormenta.

—Bueno, echaremos al diablo de su cuerpo, aunque sea a escobazos.

—Esto es muy serio, doctor —protestó Leonora.

—Nunca he dicho que no lo fuera. Pero si sigue mis indicaciones…

De pronto, llamaron a la puerta.

—¡La cena, señora condesa! —Sonó en el exterior una voz femenina.

—Entre, Hettie.

La doncella se hizo visible, empujando un carrito de ruedas con el servicio. Gratbans se puso en pie.

—Muchas gracias, Hettie; yo serviré —dijo.

—Sí, *herr doktor*.

Hettie señaló unos platos y dijo que eran el menú de Leonora. Luego hizo su acostumbrada genuflexión y se retiró.

Gratbans observó que, entre los platos de la cena de Leonora, había un tazón que contenía una especie de sopa amarillenta, humeante, y que despedía un agradable olor.

—¿Qué es? —preguntó.

—Me lo prepara especialmente Olga, la cocinera. Dice que es muy buena y nutritiva…

Gratbans tomó el tazón, lo olisqueó un momento y luego, por medio de una cucharilla, hizo una prueba de sabor.

—No está mal —dijo.

—¿Acaso teme que me envenenen? —rió ella.

—Si quisieran envenenarla, no estaría yo aquí —respondió Gratbans—. ¿Toma la sopa a diario?

—Casi a diario, doctor.

Gratbans se sentó frente a la joven. Al levantar la servilleta de su plato, observó que había un papel doblado. Discretamente, cubriéndolo con la servilleta, lo desplegó para leer, vivamente sorprendido, un extraño mensaje:

«Esta noche iré a hablar con usted en su habitación.

»H. M.».

Gratbans guardó el mensaje e hizo que la conversación transcurriese por derroteros intrascendentes, a fin de levantar los ánimos de Leonora. Pero no dejaba de observarla y así pudo ver que ella, después del tazón de sopa, apenas si probaba el contenido de

los restantes platos.

Tomó nota del detalle, aunque no hizo el menor comentario sobre el particular. Después de la cena, charló todavía un rato con Leonora y luego se retiró a su habitación.

Al día siguiente, volvería a cenar con ella. No se lo había querido decir, pero la sopa tenía un cierto regusto medicinal, escasamente perceptible a causa de la abundancia de especias y condimentos. Quizá eran aprensiones suyas…, pero no estaría de más tomar una muestra de aquel mejunje y hacerlo analizar por el farmacéutico de Hannesberg.

Encendió la pipa y se sentó frente a la chimenea, contemplando abstraído las oscilantes llamas de los troncos ardientes. Armado de paciencia, se dispuso a esperar la visita de Hettie, ya que suponía que era la doncella quien había escrito aquel mensaje.

* * *

Un horrible alarido rompió bruscamente el absoluto silencio que reinaba en el castillo.

Gratbans se había adormilado y despertó, sobresaltado. El grito se repitió.

Era un espeluznante chillido, brotado de una garganta femenina. Sin saber por qué, Gratbans se puso en pie y corrió hacia la salida.

Abrió. Los gritos llegaron ahora con toda claridad a sus tímpanos.

—¡Esta casa está maldita! ¡El diablo me ha poseído!

Gratbans respingó. La voz no parecía de Leonora.

Corrió hacia el arranque de la escalera. Desde allí, presenció una escena singular.

Dos mujeres trataban de sujetar a Hettie, que parecía haber enloquecido de repente. Una de ellas era la señora Zender; la otra, algo mayor y de cierta corpulencia, debía de ser Olga, la cocinera, dedujo Gratbans.

Las fuerzas de las dos mujeres eran escasas para contrarrestar los frenéticos movimientos de Hettie. De pronto, la doncella consiguió desasirse. Diana Zender y la cocinera rodaron por el suelo.

Hettie, chillando frenéticamente, se precipitó hacia la puerta, a la vez que se arrancaba los vestidos a puñados. Gratbans, reaccionando del momentáneo estupor en que había caído, se lanzó

escaleras abajo.

Kerstel apareció en aquel momento.

—Maldita Hettie… Otra vez le ha dado por la bebida… —juró, a la vez que corría hacia la puerta—. La despediré, sí, la despediré…

Los chillidos de Hettie eran horribles y se alejaban con ella en su enloquecida carrera. Gratbans salió del castillo con el intendente.

Hettie había cruzado ya la portalada exterior. Corrieron tras ella.

La luna asomó de pronto a través de un rasgón de las nubes, permitiendo ver los detalles con notable claridad. De pronto, Kerstel lanzó una atroz interjección:

—¡Esa…! ¡Se dirige al puente! Corramos, antes de que haga una barbaridad.

Gratbans era más joven que Kerstel y se despegó de éste inmediatamente. Hettie corría de una manera frenética. Ya no tenía encima una sola prenda de ropa, salvo los zapatos.

Segundos después, la enloquecida doncella alcanzó el puente.

—¡Quieta, Hettie! —chilló Gratbans.

Pero ella no le hizo el menor caso. Con ambas manos, se apoyó en el pretil.

—¡El diablo no me tendrá! —aulló, lívida, desmelenada, con el rostro transformado de una manera horrible—. Antes prefiero morir…

Gratbans rozaba ya uno de sus brazos cuando, de súbito, Hettie saltó al abismo. Su cuerpo fue una fugaz mancha blanca, que se perdió de vista en fracciones de segundo.

El último alarido de la infeliz fue ahogado por el tronar de la cascada.

* * *

Kerstel llegó al puente unos segundos más tarde. Instintivamente, miró hacia abajo.

—Loca, loca… —murmuró.

Luego se encaró con el joven.

—Usted lo ha visto —añadió—. Esa pobre chica se había emborrachado miserablemente…

—¿Lo tenía por costumbre? —preguntó Gratbans.

Kerstel hizo un gesto ambiguo.

—A veces. Supongo que, como todos, tomaría una copita, pero

había ocasiones en que se le iba la mano —respondió.

—Posiblemente. Pero lo que dijo del diablo…

—Hettie era una mujer de intelecto no demasiado evolucionado, doctor.

—Vamos, una retrasada mental —comentó Gratbans irónicamente.

—No tanto como eso, sino más bien una crédula aldeana, a la que el alcohol le hizo ver extrañas visiones y la sugestionó hasta el punto de no saber lo que decía y, mucho menos, lo que hacía.

Kerstel se encogió de hombros.

—En fin, tendré que avisar al jefe de policía de Hannesberg —añadió—. Supongo que cuento con su testimonio, doctor.

—No faltaría más —respondió Gratbans—. Sólo una persona embriagada podría decir cosas como las que dijo la pobre Hettie.

—Gracias, doctor. Y ahora, como ya no podemos hacer nada por esa desdichada, volvamos al castillo. Telefonearé al sargento Henkel y le diré lo que ha sucedido.

—Sí, será lo mejor.

Antes de emprender el regreso, Gratbans lanzó una mirada a la cascada, cuyo rugido se iniciaba a pocos metros más abajo. ¿Habría recobrado la conciencia Hettie en el momento de la caída?

Meneó la cabeza. Una muerte nada agradable, se dijo.

Un poco más adelante, encontró una prenda rasgada, en el suelo. Al inclinarse para recogerla, oyó la voz prohibitiva del intendente:

—Por favor, deje eso, doctor. Conviene que el sargento Henkel vea todo.

—Sí, tiene usted razón.

Momentos después, entraban en el castillo. Kerstel dijo que iba a su despacho a telefonear.

La señora Zender vino con una bandeja en las manos.

—Un poco de café y *brandy* le sentará bien, doctor —dijo.

—Seguramente. Muchas gracias, señora… Ha sido algo horrible…

Diana cerró los ojos.

—Tenía que ocurrir a la fuerza —murmuró—. Era inútil que encerrásemos los licores bajo llave. De un modo u otro, cuando le daba por beber, siempre encontraba la forma de proporcionarse una botella.

Gratbans no quiso comentar más el asunto. Todo cuanto dijera ya sería inútil.

Lo único que cabía era… resignarse.

Porque Hettie podía o no haber sido una adicta al buen licor, pero de lo que no cabía duda era de que su muerte había resultado sumamente oportuna.

Después de tomar el café, muy agradable con las gotas de *brandy*, subió a su habitación. El mensaje de Hettie fue a parar a la chimenea encendida.

¿Qué podía probar con aquel papel?

Incluso presentía que, si trataba de presentarlo como prueba, no faltaría alguien que dijera que era una falsificación y que aquélla no era la letra de Hettie.

Se preguntó qué habría querido decirle la doncella. Inútil especular.

Hettie y su secreto eran arrastrados en aquellos momentos por las turbulentas aguas del Bachteufel.

CAPÍTULO VI

A la mañana siguiente, mientras se afeitaba, oyó voces en la planta baja.

Terminó de asearse y abandonó su dormitorio. Era curioso, se dijo; a pesar del escándalo de los gritos de Hettie, Leonora no había dado señales de vida. Tampoco había visto al director de cine Erwald ni a su ayudante.

¿Y el chófer Qualeck?

Llegó a la sala. Kerstel hablaba con un hombre de uniforme, quien le fue presentado instantes después como el sargento Henkel. Gratbans corroboró en todo la declaración de Kerstel, respecto a la trágica muerte de Hettie.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Al cabo de unos minutos, se despidió de los dos hombres. Entonces, divisó a Erwald y a Volstin. Éste marchaba con su cámara al hombro y hablaba de tomar diversas vistas interiores y exteriores del castillo, a fin de utilizar más adelante las secuencias en escenas que podían realizarse en lugares cómodos y aun sin decoración, empleando luego los trozos de película impresionados como transparencias que dieran, en la versión definitiva, una absoluta sensación de realidad.

«Trucos de cineasta», pensó Gratbans, tras saludar cortésmente a los dos hombres.

Momentos después, llamaba a la puerta de la habitación de Leonora. La joven dio permiso. Gratbans entró.

—¿Quiere una taza de café, doctor? —invitó la muchacha.

—No me sentará mal —sonrió él, mientras se sentaba frente a Leonora—. He venido a charlar un rato con usted. Puede que esté mucho tiempo.

—Usted ha venido a curarme, doctor.

Gratbans tomó el café. Estaba bueno… pero aquel extraño gusto, apenas perceptible, no obstante… ¿de dónde diablos procedía?

—¿Cómo se siente hoy? —preguntó, después de los primeros sorbos.

—Algo mejor, pero con las piernas todavía muy flojas. No sé si me atreveré a pasear —respondió Leonora.

—El tiempo no es demasiado agradable —dijo Gratbans, tras una rápida mirada a través de la ventana—. A propósito, he traído el programa de ejercicios físicos que debe realizar en sus habitaciones. Tendrá pantalones cortos, supongo.

—Sí, claro…

Gratbans dejó una cuartilla encima de la mesa.

—¿Qué tal ha dormido esta noche? —preguntó.

—De un tirón. Apagué la luz alrededor de las diez y media. Había leído un poco, tomé medio vaso de leche y, dos minutos después, dormía como un tronco.

—Ah, tomó leche.

—Sí, doctor.

—¿Quién le ha servido el desayuno?

—Olga, la cocinera. Parecía, muy…, muy disgustada por algo que no ha querido decirme… Tal vez el señor Kerstel le echó una reprimenda; a veces es un poco duro con la servidumbre…

—Sí, será su carácter —convino Gratbans, mientras cargaba su pipa—. ¿Fue Hettie la que le sirvió la leche?

—Sí, doctor.

Gratbans se puso en pie. El dormitorio era, en realidad, una estancia compuesta de dos piezas, cuya separación se hacía por medio de unos espesos cortinajes. Descorrió las cortinas y vio la cama, todavía desordenada.

Encima de la mesilla de noche había un vaso de leche mediado. Gratbans mojó con el líquido la punta de la lengua. Quizá eran aprensiones suyas, pero la leche no tenía buen sabor.

O tal vez era que aún conservaba en las papilas gustativas de la lengua el sabor del café recién tomado.

Con mirada crítica, examinó el dormitorio propiamente dicho, no muy amplio, aunque con espacio suficiente para moverse sin dificultades. Frente a los pies de la cama divisó una puerta, que daba a un baño moderno, muy bien instalado, aunque la ventana

con arco apuntado resultaba anacrónica.

Regresó junto a Leonora.

Ella le miró inquisitivamente.

—¿Suele dormir tan bien por las noches? —preguntó él.

—Sí, generalmente duermo sin pesadillas, de un solo tirón…, pero me levanto muy débil…

Gratbans se reclinó en su butaca, frente a la joven.

—Cuénteme su vida —pidió.

—Pero si ya le dije…

—Repítalo.

Leonora obedeció. A mitad de la narración, Gratbans alzó una mano.

—Levántese —ordenó.

La joven se puso en pie.

—Ahora, paséese. Hay quince metros de pared a pared, en el trozo más largo de esta habitación. Por lo menos, dará veinte pasos. Hable mientras camina.

—Sí, doctor.

Gratbans recargó su pipa. Leonora observó que tenía los ojos entornados, pero se concentró en narrar todos los detalles de su vida.

Al cabo de un rato, dijo que se sentía cansada. Gratbans le dio permiso para sentarse.

—Voy a concluir haciéndole algunas preguntas —dijo él—. Sea sincera, ¿entendido?

—Sí, doctor.

—¿Qué tiempo llevaba Hettie a su servicio? O en el castillo, como prefiera.

—Oh, unos tres meses… Llegó poco antes de que yo enfermara…

—¿La conocía bien?

Leonora hizo un gesto ambiguo.

—Es una muchacha muy amable y servicial —contestó.

—Aficionada al licor.

Ella enarcó las cejas, vivamente sorprendida.

—¿Aficionada…? ¡Oh, no, doctor!, ¿cómo puede decir una cosa semejante?

—Entonces, ¿no bebía?

—Mire, doctor, un día que me encontraba sola, aburrida, sin saber qué hacer, la invité a tomar una copita de málaga conmigo. Creí que un poco de vino dulce le agradaría, pero casi creí que se moría. Para mí que tiene alergia al alcohol… Pero ¿por qué dice eso tan absurdo?

Gratbans sonrió.

—Era una pregunta provocativa —explicó—. Usted me ha contestado con la verdad.

—Ya entiendo. ¿Algo más, doctor?

—Sí. ¿Quién es ese joven rubio, alto, bien parecido, de ojos azul oscuro, que tiene en la mejilla izquierda una cicatriz de unos cuatro centímetros, en forma de ángulo muy obtuso?

Leonora se mostró enormemente sorprendida de aquellas palabras.

—¿Cómo? ¿Conoce usted a Martin Knoppel? —exclamó.

—¡Ah!, se llama… —Gratbans iba a decir «llamaba», pero consiguió rectificar a tiempo—. Knoppel ha dicho.

—Sí, doctor. Era un gran amigo de mi prometido, y también mío. A veces, pienso que estaba enamorado de mí, aunque siempre fue muy discreto y nunca lo expresó. Pero en los últimos tiempos me parece que desvariaba un poco.

—¿Qué le sucedía? ¿Trastornos mentales?

—Quizá no he sabido expresarme bien, doctor. Yo diría que se trataba más bien de fantasías suyas. Entre las cosas que decía había una que era que no podía ser sino un disparate.

—Muy bien —sonrió Gratbans—, pero ¿qué era ese disparate?

—Sencillamente, Martin juraba y perjuraba que yo estaba secuestrada en mi propia casa. Absurdo, ¿no?

Gratbans guardó silencio durante unos segundos.

—Seguro —sonrió al cabo.

Se puso en pie.

—Reaccione y haga la tabla de ejercicios —indicó, a la vez que se marchaba.

Leonora le llamó antes de llegar a la puerta.

—Doctor, ¿dónde ha conocido a Martin Knoppel? —preguntó.

—¡Oh!, en Heidelberg. Buenos días, condesa.

* * *

Gratbans se encaminó directamente al garaje, que no era sino el local de las antiguas caballerizas. Qualeck estaba allí, revisando el motor del coche grande.

—Buenos días —saludó cortésmente.

El chófer se irguió, limpiándose las manos manchadas de grasa con una bola de borra. Había una chispa de malicia en sus ojos, observó Gratbans.

—Buenos días, *herr doktor* —contestó—. Aunque la frase no es correcta en esta situación, ¿verdad?

—Usted se refiere a la pobre Hettie.

—Sí, señor.

—¿Dónde estaba anoche?

Qualeck soltó una risita.

—¿Qué es usted, médico o policía?

—Soy médico, pero por eso mismo, precisamente, quiero saber todo lo que sucede en Kopfteufel, para buscar el mejor modo de curar a la condesa.

—¡Ah!, ya entiendo... Bien, anoche estaba durmiendo.

—¿A qué hora se acostó?

—Más o menos, a las diez. Leí una novela policíaca...

—Y se durmió una hora después.

—Sí.

—Entonces, se ha enterado de lo ocurrido esta mañana, al despertarse; bueno, cuando fue a la cocina a desayunar.

—Sí, doctor.

—¿No se ha sentido impresionado por lo que le ocurrió a la pobre Hettie?

—Hombre, figúrese... Pero puesto que le gustaba empinar el codo...

—Ah, usted también es de los que creen que era aficionada al alcohol.

—«Soplaba» como un cosaco —respondió Qualeck, impertérrito.

Gratbans tenía los ojos fijos en el chófer.

—Qualeck, ¿por qué miente usted? —preguntó de sopetón.

Sobrevino un instante de silencio. Luego, lentamente, Qualeck volvió la espalda a su interlocutor.

—Le he hecho una pregunta —exclamó Gratbans, muy sulfurado.

De pronto, Gratbans se dio cuenta de que Qualeck hacía algo raro. Un momento después, Qualeck se volvió hacia él, sonriendo de una manera extraña, a la vez que daba un paso lateral.

—Doctor, Hettie era una borracha —dijo.

Gratbans parpadeó. Detrás del chófer, sobre la negra carrocería del coche grande, había escrito un mensaje, apenas legible. Pero un índice no bien limpio de grasa había empañado el brillo del metal.

«Venga esta noche», leyó el joven.

Gratbans calculó que alguien podía estar escuchándoles. O quizá les vigilaban.

Suspiró ruidosamente.

—Tenga cuidado con el alcohol, Qualeck; ya ve los perjuicios que causa su abuso —aconsejó.

—Sí, *herr doktor*.

Gratbans volvió a la parte delantera del castillo. De súbito, oyó un agudo grito, que procedía del piso superior.

Inmediatamente, se lanzó escaleras arriba.

El grito se repitió. Gratbans llegó al corredor y vio abierta la puerta del dormitorio de Leonora.

Diana Zender salía de allí, con el horror pintado en su rostro.

—Ella… el diablo… otra vez…

Gratbans se precipitó en la estancia. Inclinado sobre la muchacha, Kerstel se disponía a aplicarle una inyección.

La mano del joven lanzó violentamente la jeringuilla a un lado. Kerstel se volvió, airado.

—¡Doctor!

—Deje a la condesa, Kerstel.

—Está a punto de sufrir… Esa inyección era un calmante que recomendó el médico que la atendía anteriormente…

—Ahora el médico de la condesa soy yo y no tolero que nadie interfiera mi tratamiento —dijo Gratbans enérgicamente.

Los ojos de Kerstel brillaron de un modo especial.

—Yo sólo pretendía…

Gratbans señaló la puerta con una mano.

—Salga —ordenó.

Kerstel se marchó sin pronunciar palabra. Al quedarse solo con Leonora, Gratbans se inclinó sobre ella, encontrándola sin conocimiento.

Tomó su pulso; estaba vivamente acelerado. De pronto, percibió un extraño olor en la estancia.

Miró a su alrededor. Un cigarrillo se consumía todavía en uno de los ceniceros.

Acercó la nariz al humo que se desprendía del cigarrillo. El olor le hizo sentir una viva repugnancia. Pero, al mismo tiempo, sintió como una especie de chispazo delante de sus ojos.

Fue un fogonazo de vivísimo color, que le dio la sensación de haber contemplado una explosión silenciosa. Se tambaleó durante un instante, pero logró recobrarse a los pocos momentos. Había una jarra con agua en una mesa cercana y lanzó unas gotas sobre la brasa del cigarrillo, apagándolo instantáneamente.

Luego se aproximó de nuevo a la joven, cuyo cuerpo se estremecía, a veces, con violencia. De pronto, notó la presencia de una persona en el dormitorio.

Era Diana, el ama de llaves.

—Traiga café —ordenó.

—Sí, doctor —contestó la mujer.

Gratbans fue al cuarto de baño y volvió con un frasco de colonia. Era un remedio antiguo, pero todavía resultó eficaz, cuando friccionó las sienes de la joven con unas gotas del líquido.

Leonora suspiró un par de veces. Luego abrió los ojos.

—¡Hola, doctor! —dijo débilmente—. No sé qué me ha pasado… He visto de repente unas llamas enormes, un fuego diabólico…

—Eso no tiene importancia —sonrió él—. Simplemente, se quedó dormida en el butacón y tuvo una pesadilla. Ya ha pasado todo.

—Sí, eso debió de ser —convino la muchacha.

—¿Fuma usted?

—Fumaba antes de caer enferma…

—Pero ahora no.

—No, doctor.

Los ojos de Gratbans fueron hacia la jeringuilla rota, que yacía en el suelo, sobre un charquito de líquido. Tal vez un narcótico, se dijo.

La señora Zender entró en aquel instante, con la bandeja en las manos.

—Él café, doctor —anunció.

—Gracias, puede retirarse. Yo mismo serviré a la condesa.

Gratbans y su paciente quedaron a solas de nuevo. El joven llenó una taza de café y bebió su contenido.

—¿No me ofrece a mí? —se extrañó ella.

Gratbans sonrió.

—Los potentados de antaño, reyes, príncipes y señores, tenían sus catavenenos —contestó—. Temían tanto a morir envenenados, que hacían que otra persona probase todo lo que iban a ingerir, lo mismo sólidos que líquidos. Esperemos diez minutos; si en ese tiempo no me ha pasado nada, podrá tomarse una buena taza de café.

CAPÍTULO VII

A Leonora no se le había pasado todavía la impresión causada por aquellas palabras, cuando Gratbans se sentó frente a ella, a la hora de la cena.

Había sopa. Gratbans tomó una muestra, que guardó en un tubito de vidrio, llevado expresamente para la ocasión. Luego lanzó el contenido del tazón al sumidero.

—Ahora, comeremos los dos del mismo plato —dijo.

Leonora asintió.

—¿Sospecha que alguien trata de envenenarme? —preguntó en tono muy bajo.

—Tal vez no se trata de un envenenamiento en la forma clásica, pero de lo que sí estoy seguro es que ingiere sustancias que no causan ningún bien a su organismo y, de rebote, a su mente.

—Creo que empiezo a comprender —dijo ella.

—Yo comprendería mucho mejor si supiera qué hay de gran valor en el castillo.

Leonora parpadeó.

—¿Algo de valor? Como no sea el propio castillo…

—¿Posee usted grandes extensiones de terreno?

—La mayor parte de la montaña, simplemente. No hay un solo trozo en el que se pueda sembrar una docena de granos de trigo.

Gratbans meneó la cabeza. ¿Valía la pena el castillo para envenenar a su dueña?

—¿Conserva el testamento de su padre? —preguntó.

—Sí, en mi gabinete privado.

—Mañana lo leeré. ¿Qué tal le sienta la cena?

Leonora sonrió.

—Parece que tengo más apetito —contestó.

—Eso es bueno. Óigame bien, luego le traerán un vaso de leche.

No la tome.

—No la tomaré, doctor.

—En todo caso, arroje la mitad o un poco más al lavabo. Deje el resto como anoche.

—Muy bien, así lo haré.

—Y luego, pasadas las doce, vendré a buscarla.

Ella se sintió muy sorprendida.

—¿Para qué? —preguntó.

—Entre otras cosas, para que escuche algo muy interesante. Y luego, o tal vez antes, lo mismo da, para que me guíe por los lugares del castillo que yo, lógicamente, no conozco tan bien como usted.

—Estaré despierta, doctor —prometió Leonora.

—De eso estoy completamente seguro —dijo él.

* * *

Reinaba un completo silencio en el castillo cuando, a poco de sonar las campanadas de medianoche, Gratbans fue a la habitación de la muchacha.

Leonora estaba vestida ya, con un *pullover* negro de cuello alto y pantalones del mismo color. Aunque llevaba zapatos de tacón bajo, Gratbans se sorprendió de que ella le pareciese tan alta. Debía de ser, pensó, porque siempre la había visto con ropas holgadas, bata o peinador, las que disimulaban las líneas de su cuerpo, ahora mucho más perceptibles debido a lo ajustado de la indumentaria.

Ella, sin embargo, se quejó, con la voz y con las manos:

—Mire, doctor, me sobra tejido por todas, partes… Antes… llenaba el *pullover*… y los pantalones… Una vez me agaché inesperadamente y rompí las costuras…

Gratbans rió suavemente.

—Pronto «llenará» de nuevo esas prendas —vaticinó—. Vamos ya, es la hora.

Leonora se dejó llevar del brazo. Momentos después, se hallaban en el garaje.

Al fondo, sobre un altillo, había un espacio parcialmente acristalado.

Era el dormitorio de Qualeck. Estaba vacío.

—Es curioso —dijo Gratbans—. Qualeck me citó aquí.

—¿Cómo? —se sorprendió ella.

—Condesa, sospecho que, aunque Hettie se lanzó a la cascada, no lo hizo en su sano juicio.

—Estaba borracha…

—Usted dijo que era alérgica o poco menos al alcohol. Yo sospecho que la drogaron.

—Pero ¿por qué?

—Hettie quería decirme algo…

Gratbans explicó el incidente de la nota, que resultaba todavía desconocido para la muchacha. Leonora se mostró sorprendidísima y no acababa de creer en lo que el joven le decía.

—Pero, entonces, Hettie sabía algo —supuso.

—Indudablemente, lo mismo que Qualeck. Es más, el chófer sospechaba que era vigilado. Por eso sostuvo que Hettie se emborrachaba, pero luego escribió una corta nota con el dedo en la carrocería del coche. Sin embargo, su ausencia empieza a preocuparme.

—¿Teme algo, doctor?

—Después de lo ocurrido con Hettie, no espero nada bueno.

«Y eso que aún no conoce la muerte de Martin Knoppel», pensó.

Abandonaron el garaje. De pronto, Gratbans se sintió acometido por un extraño presentimiento.

—Condesa…

—Leonora, por favor —dijo ella.

—Bien, Leonora, ¿hace mucho que no ha estado en la cripta?

—Meses, tal vez; no es lugar agradable de frecuentar.

—¿Hay enterrado allí algún familiar suyo?

—No, nadie. Mi padre murió en Bonn y allí está enterrado.

—Muy bien; de todos modos, vamos a la cripta.

Ella asintió. Momentos después, Gratbans abría la puerta. Encendió las luces.

Descendió media docena de escalones. Súbitamente, se volvió hacia la joven y le tapó la boca con la mano.

Leonora, sorprendida, forcejeó un poco. De pronto, vio lo mismo que había visto el joven y todo su cuerpo sufrió una terrible sacudida.

—No grite —aconsejó él, con un susurro.

Por un momento, la joven creyóse presa de una espeluznante

pesadilla. Pero la razón no tardó en decirle que lo que estaba viendo era una absoluta realidad.

Una horrible realidad.

Qualeck, el chófer, aparecía colgado sobre la sepultura de piedra, con una soga en torno al cuello y el otro extremo atado al aparejo que servía para izar la lápida.

Sujeto a su pecho con un alfiler, había un papel. Gratbans sintió vivísimos deseos de conocer su contenido.

—Leonora, ¿me promete no gritar? —preguntó.

Ella hizo un parpadeo de asentimiento. Gratbans la soltó, descendió los escalones de dos en dos y se acercó al ahorcado.

El papel decía:

> «No se culpe a nadie de lo que es un acto plenamente voluntario».

Leonora se había vuelto de espaldas. No quería seguir contemplando aquella horrible visión. El aspecto de Qualeck era verdaderamente espantoso.

Gratbans volvió poco después junto a la muchacha.

—Vamos, la acompañaré a su dormitorio —musitó.

—No podré dormir…

—Yo le daré un sedante inofensivo.

Leonora lanzó un hondo suspiro. De pronto, se doblaron sus rodillas.

Gratbans apenas si tuvo tiempo de recogerla en sus brazos.

—Pobre —murmuró—. Ha sido demasiado para ella.

«Y eso que no ha visto el cuerpo yacente bajo la pesada losa sepulcral», pensó.

Gratbans consiguió llegar al dormitorio de Leonora sin dificultades. La muchacha abrió los ojos poco después. Gratbans hizo que tomase un poco de agua con unas gotas de *brandy*.

Leonora empezó a recobrarse. Entonces, Gratbans le dio el sedante.

—Doctor… —dijo ella débilmente.

—¿Sí?

—Escuche… si quieren envenenarme…, ¿por qué le llamaron a usted?

Gratbans frunció el ceño.

—Eso es algo que ni yo mismo he podido comprender —respondió—. Pero no le quepa duda de que pronto conseguiré aclarar todo.

—Tal vez el pobre Qualeck era cómplice y deseaba descargar su conciencia, contándole la verdad. Pero no pudo soportar su culpa y se ahorcó.

—Leonora, Qualeck no se ahorcó; lo ahorcaron —declaró él sensacionalmente.

—¿Cómo lo sabe? —Ella estaba ya tendida sobre su lecho y se apoyó en un codo, con la vista fija en el joven—. ¿Un asesinato?

—Sí, pero ahora trate de dormir. Otro rato le contaré cómo he conseguido averiguar que no se trata de un suicidio, sino de un asesinato. El sedante empezará muy pronto a hacer sus efectos.

A los pocos minutos, Leonora dormía sosegadamente.

Gratbans contempló el hermoso rostro de la muchacha, del que no había desaparecido aún su demacración. El pecho de Leonora se alzaba y descendía con rítmicos movimientos.

¿Por qué la querían envenenar?, se preguntó.

Parte de la respuesta estaba en el resultado de los análisis que pensaba encargar al farmacéutico de Hannesberg.

* * *

—En Kopfteufel ocurren cosas muy raras —dijo Rudolf Prann, el farmacéutico.

—Sí —convino Gratbans.

—¿Ha visto a la gente? Todos evitan mirar hacia la montaña. Les parece que el diablo va a salir de un momento a otro… —Prann meneó la cabeza—. Lo cierto es que dos suicidios en tan poco tiempo parece demasiado.

—Señor Prann, ¿qué opina usted de esos sucesos?

El farmacéutico miró fijamente al hombre que tenía frente a sí.

—Hettie y Qualeck eran dos personas de cultura no demasiado elevada. Tal vez tenían un espíritu débil y les resultó insoportable vivir continuamente en compañía del diablo —respondió.

—¿También cree usted en esa leyenda?

—Yo, no, desde luego; pero ellos sí lo creían, doctor.

—Sin embargo, a mí me interesaría la opinión de un hombre de

ciencia.

Prann rió con fuerza.

—¿Yo? Doctor, no bromee, por favor —exclamó.

—*Herr Apotheker*, no digo que usted sea precisamente un candidato al premio Nobel, pero tiene una carrera, ha estudiado muchos años y su mente no es precisamente la de un crédulo aldeano…, aparte de que esta clase de ejemplares humanos ya no abunda demasiado en estos tiempos. Como cualquiera otro, yo mismo, incluso, puede tener ciertas supersticiones; pero su mente y su raciocinio no están influidos por leyendas probablemente sin fundamento.

—Bien, admito que todo lo que usted dice es cierto. Y ni siquiera soy supersticioso. Lo que sucede en Kopfteufel tiene, ha de tener una explicación racional. Pero ¿qué quiere que le diga yo al respecto?

—Por ejemplo, ¿qué valor pueden tener las propiedades de Leonora von Hellerman?

Prann hizo un gesto ambiguo.

—El castillo es muy bonito, pero hoy día esa clase de propiedades, a menos que contengan objetos de arte de elevada valía, no se aprecian demasiado. La mayor parte de la montaña es de ella, pero sólo es un montón de tierra y roca, con bastantes árboles. A menos que en alguna parte del castillo esté escondido algún tesoro…

Gratbans aguzó el oído.

—¿Ha dicho tesoro, señor Prann?

—Podría ser. Es otra de las leyendas.

—El tesoro del diablo.

—Eso se dice, a veces, pero nadie sabe dónde está… y si alguno lo vio, ya ha muerto. Y hace muchos años, además.

—¿Supone usted que la condesa pueda saber algo al respecto?

Prann se encogió de hombros.

—Nunca he hablado demasiado con esa chica —respondió—. A decir verdad, sus estancias en Kopfteufel eran muy cortas y espaciadas. Hasta que enfermó.

—Y vino a Kopfteufel.

—Exactamente.

—Sería curioso saber si vino aquí porque había enfermado o

enfermó después de su llegada.

—¿Por qué no se lo pregunta usted a ella?

—¡Buena idea! Entretanto, ¿quiere hacerme los análisis de estas dos muestras?

Gratbans dejó dos paquetitos sobre el mostrador. Prann asintió.

—Supongo que tendrá cierta urgencia en conocer el resultado —dijo.

—Sí, desde luego.

—Está bien. Cuando tenga listos los análisis, llamaré por teléfono…

—No, no lo haga. Yo vendré mañana o pasado, en todo caso; y si usted no hubiese terminado, regresaría otro día. ¿Debo recordarle el secreto profesional respecto a mi encargo?

Prann movió la cabeza.

—Váyase tranquilo —respondió.

CAPÍTULO VIII

El alarido empezó como un gemido de bajos tonos, que fue aumentando gradualmente de intensidad, hasta convertirse en un sonido que erizaba los cabellos. En la quietud de la noche, aquel estridor torturaba los oídos y hacía pensar en cosas espeluznantes.

Gratbans, ya acostado, oyó el grito cuando llegaba casi a su máximo volumen. Sobresaltado, se sentó en la cama y escuchó con gran atención.

El grito se repitió un par de veces. Luego, Gratbans oyó ruidos de pies que se movían apresuradamente. Alguien emitió un juramento.

Una mujer lanzó un chillido de horror. Paradójicamente, un hombre reía con gran alborozo.

Gratbans saltó de la cama y se puso precipitadamente una bata. Salió al corredor y lo primero que vio, en medio de aquel escándalo de gritos y voces, fue a Volstin, con su cámara, montada frente a la puerta del dormitorio de Leonora, abierta de par en par.

Los gritos que salían a través del hueco eran espeluznantes. Riendo como un demente, Volstin aulló:

—¡La posesión, la posesión!

Kerstel salió en aquel momento y vio al joven.

—Doctor, ella está poseída nuevamente…

Gratbans corrió hacia la habitación de Leonora. Desde el umbral, presenció una escena verdaderamente horrible.

Olga, la cocinera, salió tambaleándose.

—No, no… —gemía incoherentemente.

Erwald estaba también en la puerta. Gratbans lo apartó con una mano.

Leonora se hallaba sentada en su sillón, retorciéndose con tremendas convulsiones, su rostro deformado de una forma

horripilante y todo su cuerpo semidesnudo envuelto en un aura extraña de color verdoso. Palabras, y aun frases increíblemente obscenas, brotaban de su boca, alternándose con chirriantes crujidos de dientes.

De pronto, la joven pareció inmovilizarse un segundo. Una asquerosa baba blancuzca brotó de su boca, se deslizó por el mentón y corrió hasta su pecho, casi enteramente al descubierto, a causa de los rasgones que ella misma había hecho en sus ropas. Un fétido, repugnantísimo olor se expandió inmediatamente por la habitación.

Gratbans se sentía anonadado.

¿Estaba presenciando realmente los efectos de una posesión diabólica?

Detrás de él, Kerstel gritó:

—¡Haga algo, doctor!

Volstin lanzó un aullido de júbilo.

—¡Maravilloso, una toma fantástica!

Gratbans se sintió de pronto acometido por una cólera irrefrenable. Giró en redondo y, con el mismo movimiento, pegó un terrible manotazo a la cámara, lanzándola a unos pasos de distancia, junto con su trípode.

Volstin emitió un rugido de cólera y se precipitó hacia el joven. Erwald gritó, tratando de imponer la paz. Kerstel dijo algo sobre recobrar la calma, pero el cámara no escuchó a ninguno de los dos y disparó su puño derecho.

Gratbans retrocedió con violencia. El puñetazo, aunque fortísimo, no le hubiera hecho perder el conocimiento. Sin embargo, su nuca tropezó con algo muy duro. Los dos golpes se conjugaron para dejarle sin sentido fulminantemente. Ni siquiera se entero de que caía al suelo.

* * *

Cuando abrió los ojos, sintió un leve malestar en la nuca. Sorprendido, vio que se encontraba en su propia cama.

Hizo un esfuerzo y se puso en pie. Aunque se mareó en los primeros momentos, consiguió mantener el equilibrio lo suficiente para ir hasta el baño y meterse bajo el chorro de agua fría, cosa que le tonificó considerablemente.

A pesar de todo, seguía notando cierta debilidad en las piernas. Sin embargo, lo achacó a las consecuencias del doble golpe.

—Sí que pega duro el tipo —se dijo.

Entonces se dio cuenta de que ya era de día.

Terminó de vestirse, sintiéndose hondamente preocupado por Leonora. La escena que había presenciado la víspera, porque había sucedido poco antes de la media noche, le había impresionado profundamente.

¿Era cierta la leyenda de que el diablo habitaba en el castillo y se había posesionado del cuerpo y del alma de su dueña?

Las pruebas no podían ser más contundentes, pero, aun sin ser totalmente incrédulo, Gratbans no acababa de creer por completo en ciertos fenómenos sobrenaturales. Harto sabía, como psiquiatra, de la existencia de algunos poderes especiales de la mente y comprendía muy bien sus propias limitaciones en este campo. Todavía tenía mucho que aprender… y la ciencia no había conseguido sondear completamente los enigmas del alma humana.

De repente, se abrió la puerta.

Era Kerstel.

—Doctor —exclamó.

—¿Cómo está? —saludó el joven fríamente—. ¿He de deducir que fue usted quien me trajo a mi habitación?

—Así fue, en efecto, aunque ayudado por Erwald. Tratamos de reanimarle, pero nos resultó imposible. Ahora, precisamente, venía a ver…

—Me encuentro bien, gracias. ¿Cómo está la condesa?

—Agotada, como puede imaginarse. Ha sufrido unas torturas indescriptibles… En fin, usted mismo lo vio, doctor.

—Claro que lo vi. Y ahora quiero verla a ella.

—Un momento, doctor —dijo Kerstel—. Usted recibió un golpe…

—Dos, uno en el mentón y otro en la nuca —corrigió Gratbans.

—Sí, pude ver que su cabeza chocaba contra una de las jambas de la puerta. Lo siento infinito…, pero ¿no cree que debiera permanecer todavía unas horas en reposo? Es lo que recomiendan todos los médicos en casos semejantes.

—Me encuentro perfectamente, muchas gracias. Más que mi propio estado de salud, me interesa el de mi paciente —contestó el

joven con frialdad.

Kerstel se apartó a un lado.

—Por supuesto —dijo, sonriendo.

Seguido por el intendente, Gratbans salió al corredor. Volstin casi se tropezó con él.

—Doctor, acepte mis disculpas —dijo el cineasta humildemente —. Confieso que usted tenía razón, pero mi interés científico…

Gratbans le contempló con ironía.

—Vaya, no sabía que le interesase la ciencia —dijo.

—Bueno, yo… El caso es que era una escena…

—A propósito, ¿ha sufrido daños la cámara?

—Oh, no, doctor. Afortunadamente…

—Quizá usted obró con acierto al impresionar la escena de la posesión diabólica y yo fui el imprudente colérico que no supo dominarse —sonrió Gratbans—. ¿Cuánto tardará en tener lista la escena, para su proyección?

—Bueno, si le corre prisa…

—No me disgustaría verla cuanto antes, señor Volstin.

—Quizá mañana, doctor. Aquí no dispongo de medios adecuados para el revelado y positivado de la película.

Gratbans se volvió hacia el intendente.

—Son amigos suyos —dijo.

—En efecto —admitió Kerstel.

—Muy bien, en tal caso use de su influencia para que la película esté lista dentro de veinticuatro horas.

—Sí, doctor. ¿Has oído, Hugo?

—Descuide, señor Kerstel.

Gratbans echó a andar. Cuando ya estaba frente a la puerta del dormitorio, se volvió hacia su acompañante.

—Deseo ver solo a la condesa —dijo—. ¡Ah!, por favor, ¿tiene la bondad de encargar dos desayunos?

—Con mucho gusto… Leonora ha desayunado ya…

—Repetirá. Dos desayunos, para dos personas con apetito, señor Kerstel.

El intendente sonrió.

—Estarán listos dentro de pocos minutos —prometió.

Y mientras Kerstel se dirigía hacia la escalera, Gratbans abrió la puerta.

* * *

Leonora estaba sentada en su butacón, con las piernas cubiertas por pieles. La piel de su rostro parecía porcelana translúcida, tan pálida estaba.

Gratbans se acercó a la muchacha.

—¡Hola! —sonrió.

Ella le dirigió una mirada apagada.

—Doctor…, creo que el diablo se me llevará de un momento a otro…

—Vamos, vamos, no sea pesimista. Yo la sacaré adelante, Leonora, se lo aseguro. Ahora dígame cómo se siente físicamente.

—Muy abatida, con una terrible debilidad… La señora Zender ha tenido que ayudarme a llegar hasta el sillón…

La voz de Leonora era poco más que un suspiro. Gratbans empezó a alarmarse.

—Bueno, dentro de poco tomaremos el desayuno. Esto la hará sentirse mejor —sonrió.

—No tengo apetito. Apenas he tomado un poco de leche —contestó ella.

—Leonora, soy su médico y le ordeno tener apetito. He encargado traer dos desayunos y usted comerá exactamente lo mismo que su médico. Y yo, créame, estoy medio muerto de hambre.

Leonora se esforzó por sonreír.

—No sé cómo tiene tanta paciencia conmigo —dijo—. Otro, en su lugar, ya me habría desahuciado.

—Usted es una muchacha sanísima, sujeta momentáneamente a un proceso de debilidad, que tiene su origen, de un modo principal, en una situación psíquica. La verdad, yo soy un poco antiguo para ciertas cosas y, cuando me encuentro un paciente de su «calibre», le ordeno alimentarse bien, sobre todo, si tiene el estómago en condiciones.

—Bueno, cuando me encontraba bien de salud… digería piedras, doctor.

—Y ahora también digerirá todo lo que le echen en el plato. Vamos a ver ese pulso…

Gratbans tomó las pulsaciones, encontrándolas por bajo de lo normal. Claramente se notaba la debilidad de la joven, en unos

latidos no demasiado perceptibles, pero, sin embargo, con un ritmo sostenido.

La presión era también muy baja. Gratbans empezó a pensar en tónicos que la levantasen. En los pulmones no encontró nada. Luego tomaría unas muestras de sangre para hacer el recuento de glóbulos, se dijo.

Olga entró a poco con los dos desayunos. Aunque con bastante esfuerzo, Leonora consiguió comer bastante. Los colores volvieron en parte a su cara.

Gratbans olisqueó previamente los manjares. Aquel olor extraño no se percibía. Se preguntó si Prann habría realizado ya los análisis encomendados.

—Ahora, por favor, voy a hacerla pasar un mal rato —dijo, mientras encendía la pipa—. Procure armarse de valor, Leonora.

—Sí, doctor…

—En primer lugar, debe saber que mi nombre es Walter. ¿Me llamará así a partir de ahora?

—Sí, Walter —sonrió ella.

—Muy bien. Anoche, usted fue poseída por el diablo. ¿Qué recuerda?

—Llamas. Fuego. Una especie de tempestad dentro de mí…, como si todo mi cuerpo fuese un acantilado y las olas del mar se estrellaran con gran violencia… Al mismo tiempo, había un gran ruido, pero era extrañamente silencioso… No sé cómo describirlo exactamente, doctor…

Gratbans frunció el ceño.

—Aunque usted no lo crea, lo ha descrito bastante bien —dijo—. Sin embargo, ¿vio imágenes? Figuras humanas, más o menos agradables. Un hombre negruzco, con cuernos y rabo, para que me entienda.

Leonora negó con la cabeza.

—No, doctor, sólo llamas —respondió—. De todos modos, ¿cómo iba a ver al diablo, si lo tenía dentro de mí?

—Antes de estar dentro de usted, estaba fuera, en su misma habitación —dijo él—. Pudo hacerse visible segundos antes de apoderarse de su cuerpo y de su alma.

La muchacha insistió.

—No vi ninguna figura, ni diabólica ni humana —manifestó

firmemente—. Sólo llamas… y empezaron de un modo casi súbito, como si toda la habitación hubiese estallado de repente y el fuego me rodease por completo.

—Leonora, un poseído por el diablo dice muchas cosas, la mayor parte de ellas non sanctas, por calificarlas de algún modo. Usted también habló y yo lo oí. ¿Recuerda algo de lo que dijo?

—No, doctor. A partir del momento en que me vi rodeada de fuego, ya no recuerdo nada más.

—Hasta que algo extinguió las llamas.

—Sí, pero ignoro qué pueda ser. El fuego surgió, me envolvió, me sentí en medio de la tormenta y luego todo desapareció en la oscuridad Supongo que debí perder el conocimiento.

Gratbans asintió reflexivamente.

—Leonora, tengo que pedirle algo —dijo.

—Sí, Walter, lo que desee —respondió ella.

—En primer lugar, voy a ver si fortifico su cuerpo. Cuando la crea en condiciones, la someteré a una o más sesiones de hipnotismo.

La muchacha se asombró de lo que oía.

—¿Me va a hipnotizar? —exclamó.

—Sí —confirmó él.

—Pero… ¡el hipnotismo no podrá arrojar al diablo de mi cuerpo!

—Ahora no lo tiene dentro, ¿verdad?

—¿Cómo saberlo, Walter?

De repente, Gratbans se inclinó hacia adelante, trazó con el pulgar la señal de la cruz en el pecho de la joven, a pocos centímetros del nacimiento de su garganta.

—¿Qué ha sentido usted? —preguntó.

—Nada, sólo el contacto de su dedo…

—El diablo habría respingado, por lo menos, al percibir la cruz que yo he trazado —sonrió él—. Bueno, como he dicho, primero tiene que recobrar la salud física… la psíquica, pese a todo, no es tan mala como usted misma se cree. Cuando esté en condiciones, la hipnotizaré.

—¿Resolverá el hipnotismo mis problemas?

—Al menos, ayudará.

Leonora percibió firmeza en el tono de voz del joven y sintióse

considerablemente más aliviada.

Sonrió.

—Creo que el señor Kerstel tuvo una buena idea al llamarle a usted —dijo.

—Yo también lo pienso así. Ahora, Leonora, por favor, dos preguntas. Dando por sentado que lo que le sucede es una enfermedad, ¿dónde notó los primeros síntomas: aquí o en Bonn?

—Aquí. Vine debido a una llamada de Kerstel, quien deseaba hacerme una rendición de cuentas… y a los pocos días empezó todo…

—Comprendo. Leonora, ¿ha oído hablar alguna vez de un tesoro en su castillo?

Un inmenso gesto de asombro se dibujó en el rostro de la muchacha.

—Nunca, Walter —contestó.

CAPÍTULO IX

La puerta del despacho del intendente estaba cerrada con llave. Gratbans se mordió los labios, contrariado.

Deseaba llamar al farmacéutico, pero no se atrevía a ir a Hannesberg, dejando sola a Leonora. Tal vez la muchacha sufría auténticos ataques de posesión del demonio…, pero alguien trataba de aprovecharse de la situación.

Decidió esperar. En lo sucesivo, vigilaría celosamente sus comidas.

Leonora estaba advertida. No debía beber una sola gota de agua, sin que él la hubiese probado antes. Si sentía sed, debía ir al grifo del lavabo. En todo caso, acordó con ella que le llamase por cualquier medio.

El recuento de glóbulos rojos dio una cifra baja, aunque no de inmediata alarma. Gratbans se sentía preocupado. ¿Por qué aquel descenso en los glóbulos rojos?

Almorzó y cenó con ella. Los manjares, tanto líquidos como sólidos, ofrecían olores y sabores nada sospechosos. Por la noche, Leonora se sintió mucho mejor y charló animadamente con el joven, hasta que él le ordenó acostarse.

—Pero ciérrese con doble vuelta de llave y no abra si no oye mi voz. ¿Entendido?

—Me pregunto quién puede desearme tanto mal —dijo ella.

—Bueno, quizá no lo hayan pensado expresamente, pero sólo que su enfermedad les facilitó la ocasión —respondió Gratbans.

—Sí, pero ¿quién?

El joven se encogió de hombros.

—¿Cómo acusar a nadie sin pruebas? —murmuró.

Y ya se disponía a salir cuando, de pronto, recordó algo.

—Leonora, ¿dónde está la habitación de Hettie? —preguntó.

Ella se lo indicó.

—¿Por qué lo quiere saber? —inquirió a su vez.

—Hettie iba a decirme algo. Murió sin poder hacerlo.

—¿Cree que encontrará algo en su cuarto?

—Al menos, voy a intentarlo. No olvide mis recomendaciones, Leonora.

—Descuide. Buenas noches, Walter.

Gratbans se retiró a su habitación. Desde el corredor pudo oír las voces de Erwald y de su ayudante, que discutían sobre problemas y técnicas de cine.

Sin embargo, Gratbans no se acostó. Dejó la puerta entornada y se sentó en una silla.

El tiempo pasó lentamente. Erwald se acostó antes que Volstin. Éste subió unos minutos más tarde, canturreando algo entre dientes. Su paso era notoriamente inseguro.

«Lleva encima unas copas de más. ¡Bonita manera de procurar que una película quede lista para su proyección!», pensó el joven disgustadamente.

Más tarde, cuando todo estuvo en silencio, se arriesgó a abandonar su observatorio y descendió a la planta baja. Momentos después, entraba en la habitación de Hettie.

Cerró cuidadosamente a sus espaldas. Era un dormitorio sencillo, amueblado decorosamente, sin grandes pretensiones. Los muebles, aunque anticuados, se hallaban todavía en magnífico estado.

La estancia aparecía en completo orden. Gratbans sabía que los familiares de Hettie habían estado en el castillo, a fin de llevarse los escasos efectos personales de la infortunada joven. Hettie, por otra parte, no tenía demasiadas cosas en Kopfteufel, debido a que iba a Hannesberg con frecuencia.

Pero no se desanimó. Hettie no le había pasado aquella nota sólo por capricho. Y aunque no se podía saber, no le parecía una joven demasiado dispuesta a un devaneo con alguien prácticamente desconocido.

Diana Zender era distinta. Por cierto, se dijo, ¿valdría la pena intentar una conversación íntima con la hermosa ama de llaves? Tal vez así obtendría resultados positivos.

Buscó lenta y minuciosamente, sin encontrar nada. Desalentado, se disponía a retirarse, cuando decidió efectuar el último esfuerzo.

Su tenacidad se vio recompensada. La mesilla de noche tenía cubierta de mármol barato. Levantó la pequeña lápida y encontró un papel en el que las arrugas estaban planchadas por el peso del mármol.

Era fácil adivinar lo ocurrido. Hettie escribía algo, cuando fue sorprendida por alguien que entraba en su habitación o llamaba a ella para entrar. Entonces, no se le ocurrió mejor escondite que aquél, seguro, pese a lo simple de la idea.

Alisó el papel. Sí, la letra era la misma que el mensaje llegado bajo la servilleta:

> «Doctor, si me sucede algo, busque en el dormitorio de la condesa…».

No había más. Era evidente que Hettie no había tenido tiempo de completar el mensaje.

¿Qué había en el dormitorio de Leonora?

Guardó la nota, para enseñarla a la muchacha en el momento adecuado. De pronto, cuando ya se disponía a salir, oyó voces en las inmediaciones.

Apagó rápidamente la luz y se situó junto a la puerta, de la que dejó una estrechísima rendija, a fin de que nadie pudiera percatarse de su presencia en aquel lugar de Kopfteufel.

Una de las voces pertenecía a la cocinera y era de tonos sofocados. Protestaba de algo con vehemencia, que no podían ocultar sus esfuerzos para no hablar en tono demasiado alto:

—No, no… No quiero, no puedo seguir… Es demasiado horrible…

La otra voz, ¿era de hombre o de mujer?

Gratbans no podía oír más que algunos ahogados bisbiseos, sin que le fuese dado entender el significado de las palabras que pronunciaba la otra persona. Lo único claro era que a la cocinera le proponían algo y que se negaba.

—Y no insista; no volveré a hacerlo nunca más —dijo Olga, con firme acento.

La otra persona no dijo nada. A Gratbans le hubiera gustado verla, pero no pasó por las inmediaciones de la puerta tras la cual se hallaba. La cocinera se encaminó a su dormitorio.

Gratbans dejó pasar un par de minutos.

El silencio había vuelto de nuevo al castillo. Gratbans abandonó su escondite y se acercó a la puerta que había oído cerrarse muy poco antes.

Llamó con los nudillos. Una voz recelosa preguntó:

—¿Quién es?

—Abra, Olga, soy yo —contestó el joven de una forma ambigua que se prestaba a más de una interpretación.

—Escuche, ya le he dicho a su amigo que no, de modo que no insista.

—Todavía no le he visto…

—Ese condenado Hugo irá ahora a su dormitorio, así que él se lo contará todo, ¿estamos?

Gratbans soltó una risita. Su ardid había dado resultado. Olga, suspicaz, seguía hablando a través de la puerta.

Decidió darle un susto.

—Por favor, ¿puede abrir aunque sea sólo una rendija? Comprendo su negativa, pero quisiera decirle algo importante.

—Si no va a tardar mucho…

—Unos segundos solamente, Olga.

—Está bien.

La cocinera hizo girar la llave en la cerradura. Luego abrió la puerta cosa de diez centímetros. Estaba ya sólo con las prendas íntimas, atraque se cubría el cuerpo por delante con una bata que sujetaba con una de sus manos.

—¡Usted! —exclamó, a la vez que palidecía horriblemente.

Gratbans sonrió.

—Yo mismo, Olga —confirmó—. ¿Qué le decía Hugo, por favor?

—Eso no le importa a usted, doctor. —La cocinera se había recobrado un tanto y su respuesta era seca y contundente.

—¿Está segura de que no me importa? Recuerde, soy el médico personal de la condesa.

—Lo sé perfectamente, *herr doktor*, pero mi vida íntima no interesa a nadie más que a mí.

Gratbans se quedó boquiabierto.

La respuesta de Olga era harto significativa. Debía de andar rondando los cuarenta años y aunque era, en lo físico, un «peso fuerte», para ciertos hombres podía tener mucho atractivo su figura

que tendía a rolliza, con notorias exuberancias en lugares anatómicos típicamente femeninos.

—Y, a propósito, doctor, ¿qué hace usted por aquí a estas horas? —preguntó Olga.

Gratbans procuró recobrarse.

—A lo mejor buscaba el triunfo donde Hugo ha sido derrotado —contestó.

Olga rió burlonamente.

—Usted tiene gustos más refinados —contestó—. Ande, váyase a dormir y olvídese de estas tonterías.

—Sí, tal vez sea lo más conveniente. ¡Buenas noches, Olga!

—Buenas noches, *herr doktor*.

Gratbans regresó a su habitación. ¿Había sido sincera Olga?

¿Se trataba solamente de una aventura de Volstin o había algo más?

Si había algo más, no cabía duda que Olga había sabido actuar con suma habilidad. Pero ¿por qué no podía ser sincera?

Al llegar al corredor superior, miró hacia la puerta del fondo. Era cierto que conducía a los pisos superiores del castillo y que acababa en las terrazas almenadas, pero también tenía un ramal que daba a una puertecita posterior. Tal vez Hugo había salido por la trasera, donde había una segunda puerta, utilizando luego aquélla para volver a su dormitorio.

Empezó a desvestirse, con la mente fija en lo que acababa de suceder. Le costó mucho conciliar el sueño, pero apenas había dormido, oyó abajo unos gritos espantosos:

—¡Me abraso, me abraso! ¡El diablo quiere llevarme al infierno!

* * *

Gratbans se puso en pie de un salto y se envolvió en la bata. Calzado solamente con las zapatillas, se lanzó fuera de la habitación.

Leonora apareció también en la puerta de su dormitorio.

—¡Walter! —Exclamó, alarmadísima—. ¿Qué sucede?

—No salga —ordenó él—. Siga en su cuarto.

Otras puertas empezaron a abrirse. Abajo, los gritos seguían sonando de una manera horrible.

Gratbans corrió hacia la escalera. Olga seguía con sus voces, más

agudas a cada segundo que pasaba.

—¡Socorro! ¡No dejen que el diablo me lleve al infierno!

Gratbans llegó a la mitad de la escalera. Olga apareció en la gran sala, corriendo enloquecidamente. De pronto, pasó junto a uno de los candelabros todavía encendidos.

Una tremenda llamarada surgió al instante, envolviéndola en su ardiente abrazo desde la cabeza a la punta de los pies. Los gritos de la infeliz mujer se hicieron atrozmente desgarradores.

Detrás de Gratbans, una voz trémula murmuró:

—¡El diablo la hace arder!

Enloquecida por el dolor, convertida en una antorcha viviente, Olga corría de un lado para otro, dando vueltas en la sala, siguiendo en todo momento un rumbo errático. Gratbans reaccionó al fin y reanudó el descenso, saltando los escalones de cuatro en cuatro.

En el mismo instante, Olga abría la puerta y se precipitaba al exterior, estatua de fuego vivo, que se movía con indescriptible velocidad.

Gratbans se colgó de una gran cortina y tiró con fuerza, arrancándola de sus anillas. Los gritos de Olga se alejaban con grandísima rapidez.

El joven se lanzó fuera. Olga había cruzado ya la portalada exterior.

Sus intenciones eran evidentes. Gratbans aceleró al máximo el ritmo de sus piernas. Detrás de él sonaron voces.

Salió del castillo. Cincuenta metros por delante de él, las llamas se desplazaban velozmente. De súbito, Olga alcanzó el puente sobre el Bachteufel.

—¡Quieta, quieta! —gritó Gratbans.

Pero ya era tarde. Olga estaba junto al puente y saltó al vacío.

Una gran llamarada descendió raudamente hacia la bramadora catarata. Las espumas apagaron bien pronto el fuego, pero también se llevaron el cuerpo de la infeliz mujer.

La oscuridad, desaparecido el siniestro resplandor rojizo, cayó de golpe. Con la cortina aún en las manos, Gratbans se volvió hacia el castillo.

Diana, Kerstel y los otros dos hombres, estaban en la puerta exterior y le contemplaron con ojos horrorizados.

—Ya no hay nada que hacer —dijo Gratbans sombríamente.

Kerstel se cubrió la cara con ambas manos.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¿Voy a tener que creer también que el diablo se ha posesionado del castillo?

Gratbans no contestó; no se sentía con fuerzas para decir nada. Lanzó la cortina a un lado y siguió andando.

Subió al primer piso. Leonora estaba en la puerta de su dormitorio y le dirigió una penetrante mirada.

—Olga ha muerto —dijo él.

Leonora se estremeció vivísimamente.

—Lo he oído todo —murmuró—. Pero ¿cómo…?

Gratbans agarró a la muchacha por un brazo y la metió de nuevo en su habitación.

—Ande, váyase a dormir —ordenó—. Usted es mi paciente y no le conviene alterar su régimen de vida.

—No podré dormir —se lamentó ella.

—Si no puede dormir, tiéndase en la cama, con la luz encendida, pero no siga de pie. Desgraciadamente, ya no se puede hacer nada por Olga y el deber de un enfermo es mirar por sí mismo.

—Creo que tiene razón —convino Leonora—. Buenas noches, Walter.

Gratbans asintió. Ella cerró la puerta. Gratbans descendió de nuevo al gran salón.

Diana llenaba copas y le ofreció una.

—El señor Kerstel está telefoneando ya a la policía de Hannesberg —informó.

—Es lo que procede —respondió Gratbans.

CAPÍTULO X

Erwald fue el primero en regresar a su habitación, apenas anunció Kerstel que el jefe de la policía de Hannesberg se había puesto en marcha. Volstin le siguió un par de minutos más tarde, después de su segunda copa.

Gratbans se despidió igualmente, con la excusa de que era a Kerstel a quien correspondía recibir a los representantes de la ley. Si le necesitaban para algo, estaría en su dormitorio, agregó.

Pero los planes de Gratbans eran algo diferentes. Apenas llegó al piso superior, se encaminó al cuarto del cameraman.

Abrió sin llamar siquiera. Volstin estaba en mangas de camisa y se volvió, sobresaltadísimo.

—¿Qué quiere usted? —preguntó abruptamente.

Gratbans cerró y se apoyó en la puerta.

—No tengo sueño —sonrió—. Pensé que un ratito de charla con usted, ayudaría a calmar mis nervios.

—Tómese un par de copas y verá…

—Me disgusta tener que recurrir al alcohol como remedio contra el insomnio. Es mucho más agradable conversar con un amigo.

Volstin hizo una mueca. Se acercó a una mesita y tomó un paquete de cigarrillos, alargándolo hacia su visitante. Gratbans denegó con la cabeza.

—Olvidaba que fuma en pipa —dijo el individuo. Y después de encender el cigarrillo, se encaró de nuevo con Gratbans—. Está bien, hable. A decir verdad, yo tampoco tengo mucho sueño, después de lo ocurrido.

—Impresionante, ¿verdad?

—Figúrese, doctor.

—Es una lástima. Si Olga hubiese dicho sí, ahora estaría viva.

Volstin respingó.

—¿Cómo?

—Usted estuvo a verla esta noche.

Los ojos del cámara se entornaron.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—Yo también hablé con ella, Hugo.

Una espantosa palidez blanqueó súbitamente el rostro de Volstin.

—¿Qué le dijo Olga? —gritó.

Gratbans sonreía. Volstin estaba tremendamente alarmado.

—¿Qué le dijo usted? —preguntó el joven.

—Bu… bueno, uno… a veces siente que la sangre le…, le arde… Lo que sucede es que hoy Olga no… Otras veces, sí. Usted me comprende, ¿no es cierto, doctor?

—Por supuesto. Bien mirado, Olga era una mujer todavía atractiva.

Volstin se encogió de hombros.

—Aquí no hay más mujeres —gruñó—. Como podrá imaginarse, no voy a rondar a la condesa. En cuanto al ama de llaves, es… digamos propiedad personal del señor Kerstel.

—Terreno vedado, vamos.

—Justamente. Hettie murió también; sólo quedaba Olga.

—De modo que las negativas de Olga se referían solamente a…

—Sí, a eso que está pensando. ¿O tal vez se le ha ocurrido algún otro disparate?

—¿Qué otro disparate se me podría ocurrir? Usted es una excelente persona, Hugo; por tanto, no podría pedir a Olga que administrase determinadas drogas a la condesa, mezclándolas con algunos de sus alimentos.

La palidez surgió de nuevo en el rostro de Volstin.

—U… usted está… loco… ¿Yo, drogar a la condesa? Pero ¿por qué iba a hacerlo? —balbució.

—Yo no he dicho que fuera usted, Hugo.

—Olga era una excelente cocinera y una persona muy decente. Nunca se le hubiera ocurrido hacer una cosa así. Además, ¿para qué?

—¿No dice la leyenda que hay un tesoro en el castillo?

Volstin se encogió de hombros.

—Esa leyenda también habla del demonio, doctor —gruñó.

—Sí, la conozco. —Gratbans fingió un bostezo—. Ya ve, estos pocos minutos de charla me han calmado mucho los nervios. Voy a dormir, Hugo.

—Buenas noches, doctor.

Gratbans regresó a su dormitorio, aunque no se encerró del todo, sino que quedó apostado junto a la puerta, que dejó abierta cosa de un centímetro.

La espera no fue demasiado larga. Apenas un minuto después, Volstin salió de su dormitorio a todo correr y se dirigió hacia la escalera. Desde su observatorio, Gratbans oyó voces alteradas y también algunas imprecaciones, aunque no consiguió entender nada de lo que se decía en la sala.

Sin embargo, no le importó no escuchar la conversación. Para él, resultaba obvio que la visita de Volstin a Olga no había sido ciertamente por motivos sentimentales.

En Kopfteufel se había producido una conspiración para acabar con la vida de Leonora. Quizá solamente pretendían enloquecerla irremisiblemente.

Pero su llegada había trastornado los planes de los conspiradores.

Y sin embargo estaba allí debido a una llamada del principal conspirador, Kerstel. ¿Por qué esta aparente incongruencia?, se preguntó.

Presentía que la solución estaba a punto de llegar. Tal vez, en cuanto conociese el resultado de los análisis encargados al farmacéutico de Hannesberg.

* * *

Gratbans sacó el papel que había hallado en el dormitorio de Hettie y lo puso ante los ojos de Leonora.

—¿Qué dice a esto? —preguntó, segundos después.

Ella demoró un tanto su respuesta.

—No tengo la menor idea… ¿Qué se puede encontrar en mi dormitorio, Walter?

—Podemos buscar, ¿no le parece?

Leonora asintió.

—Desde luego —contestó.

Walter estudió la habitación, de enormes dimensiones. El lecho

estaba oculto por unas cortinas, que dividían la estancia en dos. No había un dosel, como parecía lo lógico.

Descorrió las cortinas. La parte destinada a dormitorio era mucho más pequeña, un cubículo de cuatro metros de largo por tres de ancho. A Gratbans le dio la sensación de que la primitiva estancia había sido ampliada por el simple procedimiento de derribar un antiguo tabique, aunque quizá ello había sucedido muchísimos años antes.

En realidad, tiempo atrás, allí debían de haber existido dos habitaciones, tal vez comunicadas por una puerta, aunque este detalle era muy poco importante. El suelo de la habitación completa era de madera, aunque le pareció que en la parte correspondiente al dormitorio era menos firme.

Golpeó con el tacón un par de veces. Oyó sonido a hueco, aunque muy poco acentuado. Retrocedió hasta la sala y repitió la operación. El sonido era mate.

—¿Qué hay debajo de su cama? —preguntó.

Leonora se mostró sorprendidísima.

—No lo sé… y no creo en una habitación secreta —respondió.

—¿Hay planos del castillo en alguna parte?

—Creo que sí, en el gabinete de trabajo de Kerstel, que es también biblioteca.

—Convendría examinar esos planos, Leonora. ¿Cómo podríamos conseguirlos?

Ella meditó unos instantes.

—Me encuentro algo más fuerte —dijo al cabo—. Daré la excusa de que quiero algunos libros para entretenerme.

—Muy bien. Ordinariamente, esa habitación está cerrada con llave.

—Yo tengo una, no se preocupe —sonrió la muchacha.

—Está bien, ahora le diré algo muy importante. Cuidado con lo que toma. Si le ofrecen café o té, diga que no tiene ganas. No se deje poner una inyección; el único que puede autorizarlo es su médico. Si tiene sed, beba agua del grifo; ni siquiera tome un refresco, aunque se lo ofrezcan de una botella abierta en su presencia. ¿Lo ha comprendido?

—Sí, Walter. ¿He de sospechar que alguien trata de envenenarme?

—Leonora, Olga no murió por rechazar los requerimientos amorosos de Volstin. Lo que éste le pedía era mucho más grave.

El rostro de la muchacha expresó consternación.

—¿Querían enve… nenarme? —preguntó.

—Creo que no tardaré mucho en tener la confirmación. Siga mis consejos y procure conseguir los planos del castillo. Otra cosa, ¿dónde está el testamento de su padre?

Leonora señaló un barroco *secrétaire*, situado junto a una de las ventanas de la estancia.

—Allí —dijo.

—Compruebe si lo tiene, por favor.

Ella lo hizo así. Momentos después, enseñaba unos papeles, algo amarillentos por el paso de los años.

—Lo leeré a mi vuelta —dijo Gratbans.

—¿Se marcha?

—Sí, a Hannesberg.

* * *

El cielo se oscurecía de nuevo.

Amenazaba lluvia. Y tal vez una tempestad.

A lo lejos, en las montañas, se veían de cuando en cuando algunos relámpagos. El viento, si no muy fuerte, empujaba las nubes hacia Kopfteufel.

Gratbans puso en marcha el «Volkswagen», salió del garaje, dio la vuelta al castillo y enfiló el camino que conducía a la aldea.

Momentos después, cruzaba el puente. Dado que el camino era pendiente, el motor no trabajaba apenas, lo que le permitió escuchar con toda claridad el terrorífico bramido de la catarata.

Siguió adelante. Era preciso conducir con cuidado. A veces había precipicios de espantable profundidad. Una ligera distracción, el menor error, podían causar la catástrofe.

Sus nervios se relajaron un tanto cuando frenó delante de la farmacia. Abrió la portezuela y saltó al suelo.

Prann le recibió con amabilidad, pero también con cierta sorpresa.

—Ha tardado usted —dijo.

—Bueno, hablamos de dos días, pero sólo han pasado tres —sonrió el joven—. Lo siento, me ha sido imposible venir antes.

—¿Tres días? Cuatro, doctor.

Gratbans parpadeó. Estuvo un momento silencioso y luego empezó a contar con los dedos.

—Traje las muestras el dieciséis; anteayer, diecisiete; ayer, dieciocho; hoy, diecinueve… Son cuatro fechas, pero, estrictamente hablando, tres períodos de veinticuatro horas, teniendo en cuenta que vine, como ahora, a media mañana…

—Perdón, doctor; hoy es día veinte.

De nuevo sobrevino una pausa. Luego, el farmacéutico se volvió y señaló un calendario con el índice.

—Día veinte —insistió.

Gratbans se pasó una mano por la cara.

—¿Dónde he perdido yo un día entero? —murmuró.

Prann le contemplaba con singular interés.

—A veces, pasa… Una confusión de fechas es corriente, doctor —dijo amablemente.

Gratbans meneó la cabeza.

—No, no —insistió—. Yo estaba seguro de que eran sólo tres días, cuatro fechas, si se quiere, pero no cinco, en modo alguno.

—Como quiera, doctor. —Prann se encogió de hombros, a la vez que empujaba un sobre con las manos—. Aquí tiene el resultado de los análisis. Sustancias bastante extrañas, a decir verdad —añadió.

—¿Sí?

—Una de ellas es relativamente inocua, bien mirado. La otra, en cambio…

Prann se interrumpió.

—Repetí las pruebas varias veces —añadió en seguida—. Esto excluye el error, sin falsa modestia. La segunda muestra es de *Claviceps purpúrea*.

Gratbans se quedó con la boca abierta.

—Cornezuelo del centeno —exclamó.

—Justamente, doctor.

—Yo pensé que…

—¿Ácido lisérgico o, más comúnmente, LSD? —Prann sonrió—. Esa droga era conocida ya en la antigüedad, aunque no bajo ese nombre, doctor. Y me imagino que usted conoce sus efectos alucinógenos.

—Sí, pero ¿de dónde diablos han podido salir esas muestras de

cornezuelo?

—Aquí se cultivan algunos campos. Pese a las precauciones que toman los agricultores, no resulta extraño encontrar, a veces, trozos infectados.

Gratbans asintió lentamente.

—Suele ocurrir, en efecto —concordó.

CAPÍTULO XI

Minutos más tarde, Gratbans llamaba a la puerta de una casa de modesta apariencia, aunque limpia y aseada. Una mujer de mediana edad, pálida y con ojeras, salió a recibirle.

—Usted dirá…

—Soy el doctor Gratbans. ¿Tengo el honor de hablar con la señora Müldaw?

—En efecto, *herr doktor*. ¿En qué puedo servirle?

Una voz sonó en el interior de la casa:

—¿Quién es, Use?

—Un médico, Karl; el doctor Gratbans…

La robusta figura de un hombre de cincuenta años se hizo visible en la puerta de la casa. Karl Müldaw se quitó de la boca la pipa de barro cocido y movió una mano.

—Hettie nos habló de usted, doctor —dijo—. Entre, por favor. Use, trae una jarra de cerveza para el doctor…

—No se moleste, por favor, señora Müldaw. En realidad, voy a ser muy breve —manifestó el visitante—. Lo primero que he de decirles es que… Bueno, en estas circunstancias, no se sabe nunca expresar…

Gratbans calló un momento. Había lágrimas en los ojos de la madre de Hettie.

—Agradecemos su intención, doctor —dijo Müldaw—. Si podemos serle útiles en algo… Hettie nos dijo que usted había venido para curar a la condesa. A ella le causó usted una magnífica impresión.

—Gracias —murmuró Gratbans—. Se trata solamente de hacerles un par de preguntas. Una de ellas es muy desagradable, pero no me queda otro remedio.

—Hable, doctor, se lo ruego.

—¿Bebía Hettie? Quiero decir, ¿era aficionada al alcohol?

—No, rotundamente, no —contestó Müldaw—. Es más, le hacía daño, aunque fuese sólo una pequeña cantidad.

—Gracias. La otra pregunta es… ¿Cultiva usted centeno?

—Sí, por cierto. Tengo un par de terrenos… En uno de ellos, la cosecha se me infectó de cornezuelo. No sé cómo diablos sucedió; suelo ser muy cuidadoso, porque conozco los efectos de ese maldito hongo microscópico, pero a veces, por más esfuerzos que haga uno…

—¿Qué hizo con esa cosecha de centeno, señor Müldaw?

—La quemé, naturalmente. Apenas vi que estaba perdida, le prendí fuego, doctor.

—¿A todo el centeno?

—Bueno, no; quizá aparté un centenar de espigas, pero lo hice porque me lo pidió Hettie. A ella se lo había pedido el intendente del castillo, según dijo, para enviar muestras a un químico amigo suyo. Por lo visto, Hettie comentó algo allá arriba, ya que sabía que yo me sentía furioso por ese contratiempo.

—Es comprensible —dijo Gratbans.

—Hettie no fue poseída por el demonio —gimió la señora Müldaw—. Era una muchacha muy sensata… Alguien la asesinó…

Gratbans tomó la mano de la mujer.

—Animo —murmuró—. Señor Müldaw, muchas gracias por todo.

—Ha sido un placer, doctor —contestó el padre de Hettie.

Gratbans se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, sin embargo, se volvió hacia la atribulada pareja.

—A propósito, ¿qué saben ustedes de un tesoro escondido en Kopfteufel?

Müldaw se encogió de hombros.

—¿En qué viejo castillo no hay un tesoro escondido? —respondió, escéptico.

Gratbans sonrió.

—Tiene usted toda la razón del mundo —se despidió. Cuando emprendió el regreso a Kopfteufel, llovía ya con cierta intensidad y empezaban a menudear los relámpagos.

* * *

Casualmente, la primera persona con quien se encontró, al entrar en el castillo, fue Volstin, el cameraman.

—¡Hola, Hugo! —saludó—. Precisamente quería hablar con usted…

—Siempre a su disposición, doctor —contestó Volstin.

Un fortísimo trueno sacudió la atmósfera. Vibraron los cristales de las ventanas.

—Ya tenemos encima la tormenta —gruñó el cineasta.

—Sí, eso parece. Hugo, ¿qué tal la película de la posesión del diablo?

—Lo siento, doctor; salió tan borrosa, que me he visto obligado a tirarla.

—Hombre, algo se vería…

—Prácticamente, nada. Por eso quemé todo, incluso el negativo.

Gratbans miró fijamente al individuo.

¿Era sincero?

—Bien, de todos modos voy a pedirle un favor —dijo.

—Claro, doctor, lo que guste.

—Lleve su proyector a mi habitación y déjelo con la otra película. Yo la pasaré más tarde. No hace falta que me espere, ¿entendido?

—Sí, señor.

Gratbans continuó su camino y subió al primer piso. Leonora abrió apenas sintió su llamada.

—Tengo los planos del castillo —anunció.

—Magnífico —contestó él, sonriendo—. Y yo creo tener la solución para su dolencia.

Los ojos de la muchacha se dilataron.

—¿De verdad, Walter? —preguntó.

De repente, Gratbans se dio cuenta de que alguien les espiaba.

Volvió la cabeza. Diana Zender estaba asomada a la puerta de su dormitorio, a unos veinte pasos de distancia. Gratbans captó el fuego de odio que había en las pupilas de la hermosa mujer y sintió miedo un instante.

—Vamos adentro, Leonora —dijo.

La muchacha retrocedió. Gratbans cruzó el umbral y cerró la puerta. Miró fijamente a Leonora, haciéndole señas, al mismo tiempo, de que guardase silencio absoluto.

Ella asintió. Gratbans esperó unos momentos.

De pronto, abrió.

Diana, sorprendida, se irguió. Leonora comprendió que el ama de llaves se había agachado para escuchar a través del ojo de la cerradura.

—Señora Zender…

—¿Sí, doctor?

—Tenga la bondad de subir café.

—Bien, doctor.

El ama de llaves se alejó, con vivo taconeo. Gratbans aprovechó para desplegar el plano y estudiar atentamente las figuras trazadas en el papel.

—Demasiado confiados —dijo, poco después.

—¿Por qué?

Gratbans enrolló el plano nuevamente.

—Llegué a pensar que harían uno nuevo —dijo—. Pero no se preocuparon siquiera. Calcularon mal, porque sobrestimaron sus propias fuerzas.

—Walter, no le entiendo en absoluto —manifestó Leonora.

—Está bien claro. Kerstel me hizo llamar, primero, porque soy joven y punto menos que desconocido. Segundo, pensaba en mi inexperiencia profesional. Tercero, quería un testigo del fallecimiento de la dueña de Kopfteufel, un testigo de cuya palabra no se pudiera dudar.

Ella se puso una mano en el pecho.

—Quería matarme —adivinó.

—Sí —confirmó Gratbans. Y tras una pausa, añadió—: No sé si habrá o no un tesoro en el castillo; pero lo cierto es que Kopfteufel y los terrenos que lo circundan tienen bastante valor.

—Pero… si yo muero, él no…

—¿Dónde está el testamento?

Leonora se lo entregó. Gratbans lo leyó rápidamente.

Al terminar, señaló un párrafo con el dedo índice:

—Aquí está bien claro: si usted muere sin descendencia, Kopfteufel y sus tierras pasarán a poder de Kerstel, pariente en tercer grado de los Von Hellerman. Ahora ya lo entiende, ¿no?

Ella se sentó en su sillón.

—Horrible —murmuró.

—Verdaderamente —convino Gratbans.

En aquel momento, llamaron a la puerta. El joven abrió. Diana Zender entró con una bandeja en las manos.

—Gracias, deje todo ahí.

—Sí, doctor.

Gratbans y la muchacha quedaron nuevamente a solas. Gratbans llenó una taza, la olisqueó un momento y luego la volvió a su sitio.

—No tomaremos café —dijo.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Está narcotizado.

—Entonces… quieren matarnos ahora a los dos.

Gratbans asintió.

Un horrible trueno sacudió la atmósfera. El joven se acercó a la ventana. Ahora llovía con más intensidad.

—Leonora —dijo de pronto.

—Sí, Walter.

—En cuanto haya amainado la tormenta, sea la hora que fuere, saldrá del castillo. Tardará mucho en volver aquí. Es una orden de su médico, ¿comprende?

—Me marcharé de Kopfteufel. En realidad, es un lugar que no me ha gustado nunca. Incluso Nick, el mayordomo, se ha despedido.

—Se curará. Usted no padece ninguna enfermedad mental ni ha estado jamás poseída por el diablo.

* * *

Leonora meditó sobre las palabras que acababa de escuchar.

—Pero yo veía llamas… —dijo al cabo.

—Yo también vi algo parecido en una ocasión. Sin embargo, no eran sino alucinaciones.

—Está tratando de decirme que me drogaban.

—No trato de decírselo: lo afirmo.

—Kerstel se hubiera quedado con el castillo…

—Sí, Leonora.

—Nunca le hubiera imaginado capaz de una cosa semejante.

—¿Lo hizo él por propia voluntad o fue otra persona la que le empujó a realizar estas acciones?

—En tal caso, ¿quién puede ser esa persona?

—Diana Zender.

Leonora hizo un gesto con la cabeza.

—Yo no la conocía hasta que llegué aquí —manifestó—. Kerstel era el que se encargaba de todo, respecto a la administración…

—Es pariente suyo —dijo Gratbans.

—Primo tercero de mi padre, lo que significa que nuestro parentesco ya lo es en cuarto grado. Pero yo nunca le he llamado tío ni nada parecido. Nuestras relaciones, si no enemistosas, tampoco han sido nunca demasiado afectuosas. Digamos neutras, ¿comprende?

El joven asintió.

—Sí, desde luego. Ahora, dígame una cosa. ¿Qué sabe de Martin Knoppel?

—Nada, se marchó…

—De modo que estuvo aquí.

—Sí. Ya le dije que sentía un gran afecto hacia mí. Yo creo que estaba incluso enamorado.

—No me extrañaría en absoluto —sonrió Gratbans—. ¿Conocía Martin su estado de salud?

—Claro, pero ignoraba las causas…

—Probablemente, no quiso alarmarla.

Leonora se sorprendió de aquellas palabras.

—¿Qué significa eso?

—Tengo la impresión de que el pobre Martin había adivinado, si no la verdad, sí la mayor parte. Pero quizá se portó con demasiada imprudencia o no supo ser paciente, que casi es lo mismo. Por eso lo mataron.

La muchacha cerró los ojos, a la vez que reclinaba la cabeza en el respaldo del sillón.

—No puedo creerlo —murmuró.

—Es cierto. Yo lo vi en la sepultura de la cripta.

—Un asesinato…

—Lo arrojaron desde lo alto de las almenas. Fue la noche de mi llegada y me llevé un susto tremendo. Luego me dijeron que se trataba de un maniquí, muy bien construido, por supuesto. Pero alguien se manchó las manos del líquido que debía simular la sangre y yo tomé una muestra. Era sangre auténtica.

—Entonces, sospechó…

—Quisieron impresionarme, engañarme, filmando una supuesta

escena de terror. Lo que hacían, en realidad, era sepultar el cadáver de Martin Knoppel.

—Usted lo vio en la tumba de la cripta.

—Sí. Ya tenía confirmación de que había sangre auténtica. Por tanto, quería saber de quién eran aquellos restos humanos.

Los ojos de Leonora se humedecieron.

—Pobre Martin, fiel y leal… Creo que era mucho mejor que mi prometido, Walter.

—Yo también lo creo así. Probablemente, su prometido era otro de los que estorbaban a Kerstel.

—Porque se iba a casar conmigo.

—Sí, aunque en aquellos momentos, ignoraba que usted había roto el compromiso.

Los truenos aumentaron en intensidad. A pesar de que el mediodía había pasado hacía poco, el espesor de las nubes provocaba una semioscuridad deprimente, rasgada únicamente por los fogonazos de los relámpagos.

Gratbans consultó su reloj.

—Tenemos que iniciar la ficción, Leonora —dijo.

—¿Cómo?

Gratbans llenó la segunda taza de café y luego la llevó al baño, junto a la que se había servido en primer lugar y cuyo contenido no había probado. Regresó, dejó el servicio como si hubiera sido utilizado y se sentó frente a la muchacha.

—Hemos de fingir que estamos narcotizados —dijo.

—¿Y… y si quieren…? —murmuró ella temerosamente.

—Como estaremos despiertos, no les dejaremos.

Guardaron silencio. La tensión se hizo insoportable para la muchacha. Los truenos sonaban continuamente y la mole del castillo trepidaba ligeramente.

De pronto, Leonora, sintiéndose incapaz de permanecer en la misma posición, se irguió y miró al joven.

—Walter, ¿cómo llegó a la conclusión de que yo no estaba poseída por el diablo? —preguntó.

—Pronto lo sabrá —respondió él—. En realidad, fue tan sencillo… Pero ahora conviene continuar fingiendo que estamos dormidos.

Ella asintió. De súbito, un rayo cayó en alguna parte, muy cerca,

y la montaña crujió como si fuese a partirse en dos.

En el mismo momento, se abrió la puerta de la estancia.

Sonó una risita burlona.

—Duermen como angelitos —dijo la señora Zender.

CAPÍTULO XII

—Tal como está planteada la cuestión, decir angelitos resulta irrespetuoso —comentó Erwald.

—¿Qué es el diablo, sino un ángel caído? —dijo Kerstel, pedante.

Volstin refunfuñó algo entre dientes.

—¿Qué dices? —preguntó el intendente, volviéndose hacia él.

—Esto no me gusta…

—Estás metido hasta el cuello, como nosotros. Además, ellos van a desaparecer y nadie los encontrará jamás.

—Piense en su parte, Hugo —terció la señora Zender.

—Pero ¿es que esto vale algo? —inquirió Volstin, escéptico.

—De sobra sabes que tengo comprador —dijo Kerstel—. No hay ningún tesoro; el castillo, en sí, es el tesoro. Millón y medio de marcos, al contado. ¿Entendido?

—Desde luego, hay gente caprichosa en este mundo.

—Es la Alemania del milagro económico, amigo. Hay gente que se ha forrado de dinero y que no sabe qué hacer con sus millones. Nunca faltan nuevos ricos que quieren dar lustre a su apellido.

—Sí, pero el plan parece demasiado complicado…

—Completamente natural, dada la leyenda. Y no hablemos más, porque hemos de terminar esto cuanto antes.

Kerstel dio un paso hacia el sillón en que se hallaba Gratbans. Entonces, el joven, con toda naturalidad, abrió los ojos, sacó la bolsa de tabaco y la pipa y empezó a cargar ésta.

Diana lanzó un grito.

—¡Está despierto!

—Y ella también —sonrió Gratbans.

Volstin lanzó un gemido.

—Ya lo decía yo…

—Cállate, estúpido —le apostrofó Kerstel.

De pronto, sacó una pistola.

—Le guste o no, haré con ustedes lo que había pensado desde el primer momento —dijo, ceñudo.

Gratbans extendió una mano.

—No tema, Leonora —dijo—. Max, ¿acaso va a encerramos en la habitación secreta?

—¿Cómo lo sabe? —chilló Diana.

—Olvidaron quemar los planos del castillo. La habitación está ahí, al otro lado de la cama de Leonora.

—El tipo es listo —gruñó Erwald.

—Empecé a serlo, cuando usted dejó un poco de sangre en una copa, el día en que arrojaron un cuerpo humano desde lo alto de la muralla y dijeron que era un maniquí —explicó el joven.

Kerstel meneó la cabeza.

—Debí haberle roto el microscopio —rezongó.

—Eso habría confirmado mis sospechas. ¿Qué pasó con Knoppel? ¿Había adivinado la verdad?

—Demasiado curioso, como usted, doctor.

—Y poco inclinado a aceptar una teoría de posesión diabólica. ¿He de pensar que tanto Hettie como Qualeck no se plegaron a secundar sus planes? ¿O quizá empezaban ya a recelar de ustedes?

—Piense lo que quiera. Una cosa es segura; no se lo va a repetir a nadie.

—Tendrá que hacer desaparecer nuestros cadáveres, Max.

—Desaparecerán y nadie los encontrará jamás.

—En la habitación secreta, supongo.

Kerstel sonrió.

—Usted puede conocer su existencia, y yo admito mi error, al no haber quemado o modificado los planos; pero lo que no conseguirá adivinar jamás es la forma de llegar hasta esa habitación —dijo.

—Y si nosotros morimos, nadie lo sabrá jamás.

—Nadie, en efecto. Quizá, dentro de cien, doscientos años, encuentren sus huesos, pero ¿qué nos importará entonces?

—Sí, ya veo; les importa mucho más el presente. También a mí, caramba. Por cierto, era un buen plan para matar a Leonora, sin que nadie sospechase.

Kerstel sonrió.

—Sí, era un buen plan —convino.

—En la comida, sobre todo en la sopa tan buena que preparaba Olga, le añadían grandes dosis de un preparado adelgazante. La mayor parte de esos preparados se fundan en su poder de quitar el apetito. Claro, el que no come, adelgaza, aparte de que las funciones renales e intestinales se ven muy activadas. Pero una cosa es tomar ese preparado en dosis prudentes y otra tomarlo a diario, casi a todas horas, con excesos brutales y, por lógica, altamente perniciosos. Entonces, una mínima dosis de cornezuelo es suficiente para proporcionar horribles visiones a una persona que ya está sumida en un grado muy elevado de debilidad.

—Es curioso que en la Edad Media se conociesen ya las propiedades del LSD. ¿Verdad? —sonrió Kerstel.

—Sí, aunque no lo denominaban de esa forma, porque, claro, no podían saber que se trataba del ácido lisérgico. Usted se procuró unas espigas de centeno, contaminadas de cornezuelo, ya que le evitaba una compra comprometedora, la del LSD. Pero tal vez ignoraba que unos aldeanos no podían desconocer los efectos del cornezuelo. Los animales que ingieren centeno contaminado sufren graves convulsiones, enloquecen…, en fin, lo mismo que las personas; y cuando Hettie vio lo que le pasaba a la condesa, empezó a sospechar la verdad. Por eso hubo que eliminarla, lo mismo que a Qualeck. Olga, la cocinera, se dio cuenta de que la cosa pasaba de la raya, sintió miedo y… Por cierto, ¿cómo lograron incendiar sus ropas?

—Puse algo del tóxico alucinógeno en su vaso de leche. Ella ya no quería seguir colaborando, como usted sabe. Entonces, vio visiones y su imaginación, después de lo que sucedía aquí, le hizo creer en la posesión diabólica. En cuanto me di cuenta de que estaba alucinada, arrojé una buena jarra de alcohol en sus ropas. Inevitablemente, en sus locas correrías, tendría que pasar por las cercanías de algún fuego. Los vapores del alcohol…

—Sí, un refinado modo de asesinar a una persona, haciéndolo, además, de modo que pareciese fantástico. El propio diablo envolvía en fuego a Olga, ¿no es verdad?

Kerstel sonreía.

—Fue auténtico —dijo cínicamente.

Diana se sentía nerviosa.

—Max, tenemos que acabar…

Gratbans alzó una mano.

—Por favor, señora —rogó—. ¿Quién fue el que lanzó una piedra el día en que yo bajé a Hannesberg con Qualeck?

—Hugo, pero lo hizo por iniciativa propia. Le reprendí; no quería que usted sufriese el menor daño… entonces —respondió Kerstel significativamente.

—Usted quería que yo acabase por creer en la posesión diabólica. Me enseñó una película, muy bien hecha, y luego provocó un pequeño ataque, con un cigarrillo encendido, que no consumió ni siquiera a la mitad y cuyo humo causó aquellas alucinaciones a una mujer enferma y débil. Yo aspiré el humo y también vi relámpagos y luces extrañas.

»Pero lo mejor de todo estuvo en la escena del ataque del diablo. Lo hizo usted muy bien, señora Zender. En la oscuridad, con el cuerpo untado de fósforo y las ropas de Leonora, cualquiera, momentáneamente sugestionado, pensaría que era la enferma y no usted, desempeñando excelentemente su papel. Una máscara muy bien hecha —no olvidemos el arte de Volstin, experto en efectos especiales—, con las facciones deformadas, inducía todavía más al error. Volstin, seguramente también, le enseñó a expulsar un poco de baba, ¿no es cierto?

Diana asintió maquinalmente. Kerstel parecía preocupado.

—Doctor, ¿cómo llegó a la conclusión de que todo era un engaño? —preguntó.

—Primero, por los análisis de la ropa y del cigarrillo. Hablé también con los padres de Hettie; era prácticamente alérgica al alcohol. El centeno contaminado procedía de una de las tierras del señor Müldaw. Qualeck debía de saberlo también; pretendía a Hettie y ésta se confió con él. Ustedes, seguramente, nos vigilaban, y recelaron que Qualeck me dijera lo que Hettie había callado a la fuerza. Por eso lo ahorcaron…, pero ¿quién iba a creer que un hombre como Qualeck se suicidase y menos de aquella forma tan sensacionalista? Soy psiquiatra y sé que Qualeck era un hombre muy ponderado, aunque también, pese a su apariencia, algo timorato.

—Inteligentes deducciones, pero no explican lo principal —dijo Kerstel.

—Ah, sí, es cierto —contestó Gratbans tranquilamente—. La noche en que, en apariencia, Leonora sufrió el último ataque del diablo, ella estaba ya escondida, narcotizada, en la habitación secreta, donde la tuvieron más de veinticuatro horas dormida, sin probar bocado, lo que originó en ella una enorme debilidad. A mí también me sucedió algo semejante: Volstin me golpeó, acaso no tan impulsivamente como podía parecer entonces, sino con plena deliberación y, al caer hacia atrás, mi cabeza no chocó contra la jamba de la puerta, sino que fue usted quien me golpeó con algún objeto contundente. Claro, perdí el sentido y luego se encargaron ustedes de que estuviera también veinticuatro horas dormido. Tenía que despertar al mismo tiempo que Leonora; yo estaba mucho más fuerte y no sentiría tanta debilidad como ella.

—¿Cómo se dio cuenta de que les habíamos «robado» un día? —preguntó Erwald, curioso—. No hay calendarios en el castillo, ya lo hacíamos así intencionadamente…

—El farmacéutico de Hannesberg me hizo reparar en el detalle, cuando fui a recoger los resultados de los análisis. Yo pensaba que sólo habían transcurrido cuatro fechas, en realidad, tres días completos, pero estaba equivocado; habían pasado cinco fechas y cuatro períodos completos de veinticuatro horas, de los cuales, uno, bien largo, por cierto, habíamos estado durmiendo —explicó Gratbans.

—A pesar de todo, usted sospechó por otros detalles —dijo Kerstel.

—Verdad —confirmó el joven, impertérrito—. No se concibe que varias personas vean a una joven poseída por el diablo y ni una sola de ellas intente expulsar al demonio, haciendo la señal de la cruz.

Hubo un momento de silencio. De repente, un trueno espantoso sacudió el castillo desde las almenas a los cimientos.

Un tremendo fogonazo llenó de luz la estancia. Kerstel parpadeó, deslumbrado, ya que estaba frente a la ventana.

Gratbans aprovechó la ocasión y levantó el pie. La pistola voló por los aires.

Hubo momento de confusión. Volstin recibió un golpe que le hizo rodar por el suelo. Diana, aterrada, se mantenía aparte de la lucha.

De pronto, Gratbans consiguió apoderarse de la pistola.

—¡Atrás, atrás todo el mundo! —gritó—. ¡Vámonos, Leonora!

La muchacha obedeció en el acto. Gratbans retrocedió, con la mano izquierda en el brazo de Leonora.

—No intenten seguirnos o dispararé —advirtió.

—Quietos —dijo Kerstel a media voz.

Gratbans y la muchacha escaparon a todo correr. Erwald se tiraba de los pelos.

—¿Qué diablos haremos ahora? —gritó descompuestamente.

—Está decidido —respondió Kerstel—. Nos esconderemos en la habitación secreta. Nunca la encontrarán, por más esfuerzos que hagan. Pasaremos algunos días incómodos. La vigilancia se relajará al fin y podremos escapar.

—Sin un céntimo en el bolsillo —se lamentó Volstin.

—Imbécil, tienes la vida. ¡Vamos allá!

La tormenta rugía en todo su apogeo de truenos y relámpagos, enviando a la tierra cascadas de agua. Gratbans y la muchacha alcanzaron el garaje y entraron en el coche pequeño, que arrancó instantáneamente.

Momentos después, salvaban el puente y enfilaban una curva en ángulo recto. En aquel instante, se oyó un ruido aterrador.

Por instinto Gratbans detuvo el coche. Los dos miraron hacia la montaña del diablo silueteada por los relámpagos.

Un rayo cayó de las alturas. La montaña crujió, osciló, empezó a moverse…

Los relámpagos iluminaban la escena como si fuese de día. Una masa colosal, de millares de toneladas, se deslizó hacia abajo y alcanzó el castillo.

En la habitación secreta, contigua al dormitorio de Leonora, cuatro personas escuchaban el fragor de la tempestad. Kerstel encendía un cigarrillo cuando, de pronto las paredes empezaron a moverse.

Diana chilló. Erwald y Volstin corrieron hacia la salida secreta.

Súbitamente se oyó un horroroso estruendo.

El techo y los muros se desplomaban en enormes fragmentos. Diana chilló, pero sus gritos de terror se apagaron cuando sintió que el suelo se hundía fragorosamente bajo sus pies.

La mole de roca y tierra empujó el castillo, deshaciéndolo como, si en lugar de estar construido con sólidos sillares de piedra, fuese

de terrones de azúcar. Reaccionando, Gratbans lanzaba el coche hacia abajo a la mayor velocidad posible.

Parte de la montaña se desvió y alcanzó el puente, haciéndolo saltar en mil pedazos. Las piedras del castillo se confundieron con los escombros del colosal derrumbamiento.

Gratbans detuvo el coche en lugar seguro. Un relámpago iluminó la escena nuevamente.

La montaña había cambiado de apariencia completamente. Aquella colosal protuberancia conocida como La Cabeza del Diablo ya no existía.

—Y si el demonio estaba allá arriba, se habrá marchado —murmuró.

* * *

Estaba apoyado en el pretil del Puente Viejo contemplando el manso fluir de la corriente del río Main, cuando, de repente, se le acercó una encantadora muchacha.

—Hola, Walter.

Gratbans se volvió.

El cambio operado en Leonora era radical. Había recobrado su peso habitual, los colores aparecían de nuevo en sus tersas mejillas y sus ojos relucían de un modo singular.

—Hola, Leonora. ¿Damos un paseo?

Ella se colgó de su brazo.

—Soy otra —dijo—. Bueno, la misma de antes… pero, en todo caso, gracias a ti, Walter.

—Lo celebro. ¿Has olvidado todo ya?

Leonora demoró la respuesta unos segundos.

—Será difícil que lo olvide —dijo al cabo.

—Tienes que intentarlo. Lo peor ha pasado ya, mejor dicho, pasó hace mucho tiempo. Jamás estuviste poseída por el diablo y tus alucinaciones eran provocadas, cuando no realizadas por otra persona.

Leonora asintió.

—Erwald y Volstin colaboraron con Kerstel, ¿no?

—En efecto. Bajo su capa de cineastas, convencían a la gente de que en Kopfteufel ocurrían cosas espeluznantes… y en realidad, así era, pero ello justificaba mucho mejor sus acciones.

De pronto, ella se detuvo y miró sonriendo al joven.

—¿Sabes?, me alegro de que te llamasen a ti y no a un psiquiatra famoso —dijo.

—No podían hacerlo. Necesitaban un hombre inexperto, que se dejase engañar.

—Pero tú no te dejaste engañar.

—Demasiado lo sabes. Ahora bien, si hubiera fracasado, tú estarías muerta, agotada en tu lucha contra el diablo… y Kerstel sería ahora el dueño de Kopfteufel.

—Walter, antes has dicho que debo olvidar. ¿Por qué no empezamos ahora?

Gratbans sonrió. El invierno había quedado atrás y la primavera lucía esplendente en las orillas del río. Los tejados de la ciudad natal de Beethoven lucían bajo el sol radiante.

—Sí, es hora de empezar a olvidar —convino, a la vez que iniciaba la reanudación del paseo.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y
D. D. T.,
de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.